

ESCUELA DE LOS ROBINSONES.



BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR, EDITORES.

VIAJES EXTRAORDINARIOS.

ESCUELA DE LOS ROBINSONES

POR

JULIO VERNE.

TRADUCCION

DE

M. H. DE A.

SEGUNDA PARTE.

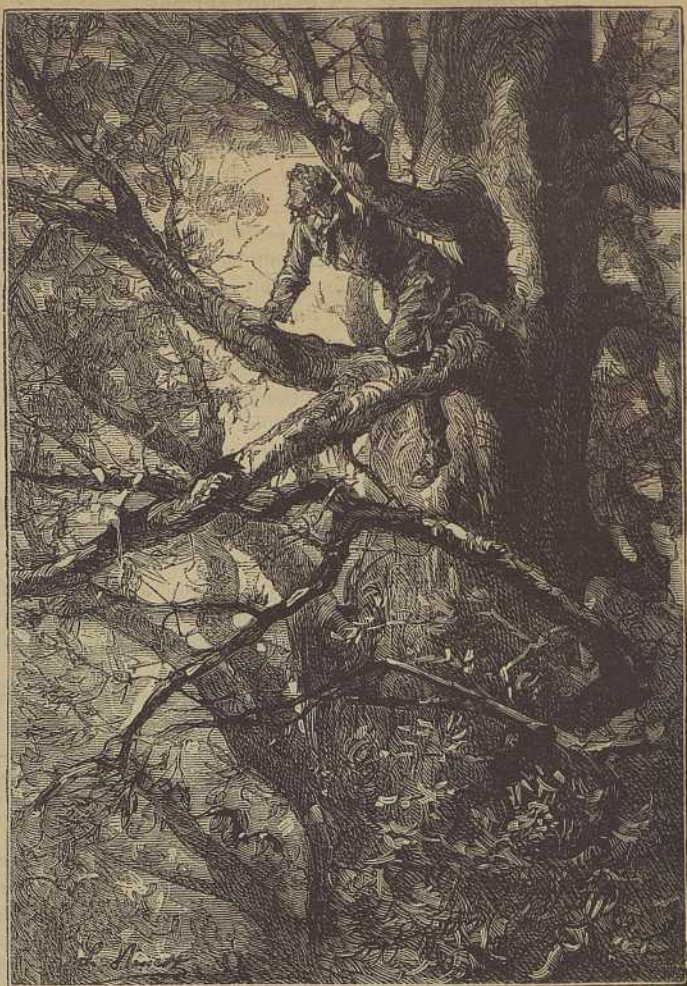


GASPAR, EDITORES.

4, PRÍNCIPE, 4

MADRID.—1884.

Es propiedad de los Editores.



ESCUELA DE LOS ROBINSONES.

SEGUNDA PARTE.

I.

EN EL QUE GODOFREDO VUELVE Á VER ELEVARSE UNA LIGERA NUBE DE HUMO EN OTRO PUNTO DE LA ISLA.

Aquella tormenta vino como mandada hacer de encargo.

Godofredo y Tartelet no habian tenido, como Prometheo, que aventurarse en los espacios para robar el fuego del cielo; era el cielo mismo, como habia dicho Tartelet, el que, pasándose de bondadoso, se lo habia enviado graciosamente por conducto de un rayo. A ellos les quedaba ahora el cuidado de conservarlo.

—¡No, no lo dejaremos extinguirse!—habia exclamado Godofredo.

—Mucho más cuando no nos ha de faltar leña para alimentarlo—habia añadido Tartelet, que no cabia en sí de gozo.

—¡Sí! ¿Pero quién alimentará la hoguera?

—¡Yo! Y velaré noche y día, si es necesario—replicó Tartelet blandiendo un tizon inflamado.

Y eso fué justamente lo que hizo hasta que salió el sol.

La leña muerta abundaba, como hemos dicho, bajo la enorme cubierta de los abetos. Así es que, desde el alba, Godofredo y el profesor, despues de haber amontonado una cantidad considerable, arreglaron una gran hoguera en una especie de chime-

nea abrigada entre dos grandes árboles. Tartelet se jaleaba y gritaba; y consumía al mismo tiempo todo su aliento para soplar y mantener viva la llama, lo que ya se puede calcular que no era necesario. Medio agachado tomaba las posturas más cónicas y características para seguir la dirección de las columnas de humo gris que se perdían en el alto follaje.

Pero no era sólo para admirarlo para lo que se había pedido y deseado el indispensable fuego, ni mucho menos para calentarse con él. Se quería, principalmente, acabar con aquellas modestas comidas de mariscos crudos y de raíces de yamph, de los cuales ni agua hirviendo ni una sencilla cochura en la ceniza caliente había nunca desarrollado los elementos nutritivos. A esta tarea fué á la que Godofredo y Tartelet se consagraron en las primeras horas de la mañana.

— ¡Luego nos comeremos un par de pollos—gritó Tartelet, cuyos dientes chascaban de gusto.—Y podremos añadir un pernil de agutí, un jigot de carnero, un cuarto de cabra, algunas piezas menores que podemos cazar con lazo en la pradera, algunos pececillos de agua dulce y algunos otros peces de mar....

—No vayamos tan deprisa—respondió Godofredo, á quien la relación de tan brillante *menu* había puesto de buen humor.—Es necesario no pagar con una indigestión nuestro almuerzo. ¡Economicemos nuestras reservas, Tartelet! Paso por dos pollitos, para cada uno el suyo; y si el pan nos falta, espero que estas raíces de *camas*, convenientemente preparadas, lo reemplazarán sin gran desventaja.

Esta determinación costó la vida á dos inocentes volátiles, que, desplumados, limpios y arreglados por el profesor, fueron después ensartados en una baqueta de madera que se preparó al efecto, y puestos á asar en la llama más viva de la hoguera.

Durante esa operación de los pollos, Godofredo se ocupaba en preparar las raíces de *camas*, á fin de ponerlas en disposición de que sirviesen para el primer almuerzo serio que iba á tener lugar en la isla Fina. Para hacerlas comestibles no había más que emplear el método indiano, que como americanos debían conocer por haberlo visto practicar en las praderas del oeste de América.

Véase cómo procedió Godofredo.

Unas cuantas piedras planas escogidas en la playa fueron colocadas muy cerca de la hoguera, de modo que pudieran impregnarse de un calor intenso. Es muy posible que Tartelet pensase que era una lástima malgastar el fuego en calentar piedras; pero como, después de todo, aquello no le estorbaba para la operación de sus pollos, no dijo una palabra.

Mientras que las piedras se calentaban así, Godofredo eligió un pedazo de suelo de cerca de un metro cuadrado, y después de arrancar las hierbas con unos ganchos de madera, sacó la tierra hasta una profundidad de diez pulgadas. Hecho esto, depositó y espació por todo el fondo de aquel agujero una gran cantidad de hojas secas y de leña que encendió, consiguiendo poner el fondo aquél á la temperatura de un horno bien caliente.

Cuando se consumió toda aquella leña, sacó las cenizas y extendió en aquella superficie caliente las raíces de *camas*, precedentemente lavadas y mondadas; las cubrió con una ligera capa de césped, y le colocó por encima las piedras casi ardiendo, que servían de base á un nuevo fogón que encendió encima.

En suma, aquello hacía las veces de un horno bien templado, y en un plazo breve relativamente, media hora lo más, se terminó la operación.

En efecto, bajo la doble capa de piedra y de césped se pudo conseguir una torrefacción conveniente, sin que las raíces se quemaran. Moliendo aquello después, se podían hacer tortas ó pan, y comiéndolas sólo torradas sabían á patatas asadas de la más nutritiva calidad.

Así se sirvieron por esta vez; y puede calcularse cuán espléndido sería el almuerzo de los dos amigos con aquellos tiernos pollos, de los que devoraron hasta los huesos, y aquellas *camas* asadas, tan sabrosas y exquisitas, y que no tenían necesidad de economizar, porque el campo donde se criaban estaba cerca y no había más que bajarse para cogerlas á centenares y á millares.

Terminado el almuerzo, Godofredo se ocupó de preparar una gran cantidad de aquella harina, que puede conservarse casi indefinidamente, para trasformarla en pan ó en tortas para las necesidades diarias.

En estas ocupaciones se pasó el día, alimentando el fogón constantemente y con el mayor cuidado. Por la noche se cargó más de combustible, lo que no impidió que Tartelet se levantase muchas veces á fin de reunir los carbones y provocar una combustión más activa. En seguida volvió á acostarse; pero como siempre soñaba que el fuego se extinguía, se levantaba de nuevo, y en esta faena estuvo hasta que apuntó el alba.

Por otra parte, la noche pasó sin ningún otro incidente. El chisporroteo del fogón y el canto del gallo despertaron á Godofredo y á su compañero, que había acabado por dormirse profundamente.

De repente, Godofredo fué sorprendido por una corriente de aire, que venía de lo alto, en el interior de Will-Tree. Calculó que el abeto estaba abierto junto á la separación de las ramas bajas, y que allí habría un gran agujero que sería necesario tapar si querían estar encerrados y cubiertos.

No habiendo sentido antes aquella corriente de aire, Godofredo pensó que la había ocasionado la exhalación que cayó allí la noche de la tormenta.

A fin de poderse convencer bien, tuvo la idea de examinar exteriormente el tronco del abeto. Así lo hizo, y se convenció en seguida de lo que había pasado durante la tempestad.

La huella del rayo se veía perfectamente en el árbol, que había sido descortezado á lo largo por el paso del fluido, desde las primeras horquillas hasta las raíces. Si la chispa eléctrica, en lugar de bajar por la corteza exterior, se hubiera introducido en el abeto, Godofredo y su compañero hubieran sido destrozados en el acto. Es seguro, pues, que habían corrido un gravísimo peligro.

—Se recomienda—se dijo Godofredo—el no refugiarse bajo los árboles durante las tempestades; y me parece muy buena la recomendación para los que tienen donde escoger. Nosotros, que no podemos albergarnos más que dentro de un árbol, tenemos que buscar otro medio de evitar el peligro, y ya lo buscaremos.

Después, examinando el abeto en el punto en que comenzaba la huella del fluido, siguió diciendo:

—Es evidente que allí donde el rayo hirió primero, que fué en la cumbre, ha debido internar algo en la rasgadura; y puesto que el aire penetra en el interior por ella, es que el árbol está hueco en toda su extensión, y no se sostiene más que en su gruesa corteza. Hé aquí una cosa de la que es necesario enterarse bien.

Y dicho esto, se puso á buscar alguna rama resinosa que pudiera servirle de antorcha.

Un manojo de ramas de pino le proporcionó lo que deseaba. Eran sumamente resinosas, y una vez inflamadas daban una luz brillante.

Godofredo volvió á entrar entonces en la cavidad que les servía de morada. A las sombras substituyó allí dentro una gran claridad, y con ella fué muy fácil reconocer la disposición interior de Will-Tree.

Una especie de bóveda irregularmente cortada servía de techo á la altura de unos quince piés del suelo. Elevando bien la antorcha, Godofredo apercibió muy distintamente la abertura de una estrecha claraboya, cuya extensión se perdía en las sombras. Evidentemente el árbol estaba rasgado hácia arriba, pero quizás conservaba aún por allí grandes porciones de su altura intactas aún. En este caso, ayudado ó apoyado en las salientes que debía encontrar, le sería, si no fácil, á lo ménos posible, subir hasta las primeras horquillas.

Godofredo, que pensaba en el porvenir, resolvió saber sin tardanza á qué atenerse en este punto.

Tenia un doble objeto: primero, tapar herméticamente aquel orificio por el cual podían penetrar el viento y la lluvia, haciendo inhabitable el interior de Will-Tree. Además, quería también enterarse si ante el peligro de un ataque de fieras ó de indígenas, las ramas superiores del abeto podrían ofrecerle un refugio seguro.

Se determinó á ensayar un examen minucioso, con el propósito de volverse y renunciar á él si encontraba insuperables obstáculos al franquear el estrecho agujero que aparecía en lo alto.

Después de haber fijado su antorcha en el suelo, sostenida por dos gruesas ramas y clavada en una hendidura, empezó á subir, agarrándose á las primeras salientes interiores del cortezon del árbol. Él era diestro, vigoroso, hábil y acostumbrado á los ejercicios gimnásticos, como todos los jóvenes americanos, y por lo tanto, aquello era para él un juego. Bien pronto llegó en aquel tubo desigual á la parte más estrecha, por la cual, encogiéndose las espaldas y las rodillas, podía trepar y encaramarse como hacen los deshollinadores por los tubos de las chimeneas. Todo lo que temía era que alguna rotura ó desigualdad le interrumpiera su ascensión.

Continuó subiendo, y cuando encontró una sa-

liente á propósito descansó con el fin de tomar aliento.

Tres minutos después de haber abandonado el suelo, calculó que había subido ya unos sesenta piés aproximadamente, y por lo tanto no le quedaba que subir más de unos veinte piés.

Y en efecto, ya sentía que le azotaba el rostro un aire más fuerte, que él aspiraba con avidez, porque verdaderamente no hacía mucho fresco que digamos en el interior del abeto.

Después de haber descansado durante un minuto y de haberse sacudido el fino polvo que su subida había arrancado á las paredes, siguió ascendiendo por el tubo que se estrechaba poco á poco.

En aquel momento llamó su atención cierto ruido que le pareció algo sospechoso. Parecía como que rascaban con violencia en el interior del árbol, y de repente se oyó un silbido muy prolongado.

Godofredo se detuvo.

—¿Qué será eso?—se preguntó.—¿Será un animal que se habra refugiado en este abeto? ¿Será quizás una serpiente?..... Pero no; no hemos divisado ni una en toda la isla..... Debe ser algun pájaro que trata de huir.

Y en efecto, no se engañaba; así es que al continuar ascendiendo, se oyó un graznido muy acentuado y en seguida un vivo batimiento de alas, indicando que se trataba de un volátil anidado en el árbol y cuyo reposo turbaba él indudablemente.

Muchos *frrrr, frrrr*, que él lanzó con toda la fuerza de sus pulmones, determinaron al intruso á abandonar aquel sitio.

Era efectivamente una especie de grajo de gran tamaño que no tardó en escaparse por el tubo desapareciendo precipitadamente en la alta cima de Will-Tree.

Algunos instantes después la cabeza de Godofredo pasaba por la misma abertura, y en seguida se encontró instalado con mucha comodidad sobre la gran horquilla que formaban las ramas bajas separadas del suelo por más de ochenta piés.

Allí, como él ya se había figurado, el enorme tronco del abeto sostenía un bosque completo. El caprichoso enredo del ramaje secundario presentaba el aspecto de esos bosques salvajes muy abundantes de madera que ninguna tala, corta, ni arreglo ha hecho practicables.

Sin embargo, Godofredo pudo conseguir, no sin algun trabajo, deslizarse de una rama á otra hasta llegar al último piso de aquella fenomenal vegetación.

Al aproximarse á cada uno de los grupos de abundantes ramas, muchos pájaros salían volando, lanzando graznidos y chillidos, á refugiarse en los árboles vecinos del grupo que dominaba por su mayor altura Will-Tree.

Godofredo continuó desliziéndose mientras pudo, y sólo se detuvo cuando sintió que en los extremos de las ramas superiores, éstas se doblaban á su peso.

Un extenso horizonte de agua rodeaba la isla Fina, que se desarrollaba á sus piés como plano hecho de relieve.

Sus ojos recorrieron ávidamente aquella gran por-



Durante esta operacion Godofredo se ocupaba en preparar las raíces de *camas*.

cion de mar, que estaba completamente desierta. Tuvo que convenir una vez más en que aquella isla estaba fuera de todas las rutas comerciales del Pacífico.

El joven ahogó en su pecho un doloroso suspiro; después dirigió sus miradas por toda la extensión de aquel estrecho dominio en el que el destino le condenaba á vivir mucho tiempo sin duda, quizás para siempre.....

¡Pero cuál no sería su sorpresa, cuando volvió á ver, en el Norte esta vez, una columna de humo parecida á la que en otra ocasion habia divisado en el Sud! Se fijó más, mirando con la más extremada atención.

Un vapor muy sutil de un azul más oscuro en su punta subía derecho en el aire puro y encalmado entónces.

—¡No, no! yo no me equivoco ahora; allí hay humo, y por consiguiente debe haber un fuego que lo produzca, y ese fuego debe estar alimentado por..... ¿por quién?

Esto se dijo Godofredo, y se fijó todo lo más que pudo para determinar bien la dirección.

El humo se elevaba al Nordeste de la isla, en medio de las altas rocas que bordaban la ribera. En aquel cálculo no habia error posible; y aquel punto debia estar á cinco millas de Will-Tree. Cortando derecho hacía el Nordeste á través del bosque, y siguiendo después el litoral, se debia necesariamente llegar á las rocas de donde salia aquel ligero vapor.

Pálpitando de emocion, Godofredo bajó el tablado ó andamiada que formaban las ramas hasta llegar á la horquilla del cuerpo principal. Se detuvo un momento para arrancar dos buenos puñados de



Tartelet transformado en lavandera.

musgo y de hojas, y en seguida se deslizó por la abertura del tubo escurriéndose lo mejor que pudo hasta llegar al suelo.

Se detuvo un instante para prevenir á Tartelet que no se inquietase por su ausencia, y se lanzó en dirección al Nordeste á fin de ganar al litoral.

Emprendió una carrera de dos horas, primero atravesando la verde pradera por medio de grupos de árboles muy claros ó de largos vallados de zarzas espinosas. En seguida siguió por toda la playa del litoral, hasta que llegó á la última cadena de rocas....

El humo que Godofredo había divisado desde lo alto del árbol no pudo volverlo á ver desde que bajó; sin embargo de que, como había fijado exactamente la situación del punto de donde salía, pudo llegar á él sin equivocarse. En seguida, pues, co-

menzó sus investigaciones; exploró con cuidado toda aquella parte del litoral, y llamó á gritos.

Nadie respondió á su llamamiento. Ningun sér humano se encontraban sobre aquella playa; y en ninguna parte pudo divisar la más ligera huella de un fuego encendido recientemente, ni el rastro de hoguera alguna que hubiera podido ser alimentada por las hierbas marinas ó por las algas secas depositadas por la marea.

—Y sin embargo, no es posible que yo me haya engañado! —se repetía Godofredo.—Lo que yo he divisado era verdaderamente humo, y por lo tanto....

Como no era admisible que Godofredo creyese que había sido juguete de una ilusión, llegó á figurarse que tal vez existía por allí algun manantial de agua caliente que brotaba con intermitencias, y cuya fuente se escapaba á sus investigaciones.

Y en efecto, nada impedía creer que hubiese en la isla algunos pozos naturales de esta clase; en cuyo caso la aparición de una columna de humo se explicaba fácilmente con la existencia de un sencillo fenómeno geológico.

Godofredo abandonó el litoral y tomó el camino de Will-Tree, examinando el país á la vuelta mejor que lo habia hecho á la ida. Algunos rumiantes cruzaron á su paso, pero con tal velocidad que apenas pudo ni aun fijar la atencion en ello.

A eso de las cuatro llegó á su departamento, y á la distancia de cien pasos se oía ya el seco *crin crin* de la hoguera. El profesor Tartelet estaba allí en la actitud de una vestal vigilando religiosamente el fuego sagrado confiado á su custodia.

II.

DE CÓMO UNA COSA PERDIDA, QUE GODOFREDO SE ENCUENTRA, ES MUY BIEN RECIBIDA POR ÉL Y POR SU COMPAÑERO.

Aguantar con paciencia aquello que no se puede evitar es una máxima filosófica, que si no entrañara principios científicos muy complicados, sería, en cambio, eminentemente práctica.

Godofredo estaba resuelto á subordinar á ella todos sus actos, y se decía: «Puesto que es necesario vivir en esta isla, lo más prudente es procurar pasar en ella del mejor modo posible, y estar en disposición de abandonarla en el momento en que se presentase ocasión para ello.»

Se ocupó desde luego en amueblar la casa preparada en el interior de Will-Tree. No pudiendo pensar en lujo, se preocupó sólo con la idea de la comodidad; y lo primero que se procuró fué la renovación de los colchones de hierbas. Los utensilios de comedor y de cocina estaban reducidos á sencillas conchas de diversos tamaños, y se consolaban con esto, pensando que los platos y fuentes de origen americano no hubieran podido estar siempre tan limpios. En alabanza de Tartelet, debemos asegurar que lavaba la vajilla de un modo admirable.

Con ayuda de su cuchillo Godofredo cortó un gran pedazo de corcho bastante plano, y con cuatro estacas fijadas en el suelo arregló una mesa en medio de la cámara, sirviéndose para bancos ó escabeles de pedazos de tronco sin pulimento alguno. De este modo no se veían obligados á comer sobre sus rodillas cuando el mal tiempo les impedía salir al campo.

Quedaba en pié la cuestion de los vestidos, que les preocupaba bastante. Los únicos que habia se cuidaban mucho, y se economizaban tambien lo mejor posible, porque en aquella estacion y en aquella latitud no habia inconveniente en estar casi siempre medio desnudos. Pero al fin llegaria el dia en que caía uno de ellos apurase el pantalon, la chaqueta y la camisa de lana que tenia, y no habia medios de reemplazarlos. ¿Se verian obligados á cubrirse con las pieles de las cabras y carneros que tenían, los cuales, despues de haberlos alimentado, los vestirían tambien? Esperando la llegada de este caso extre-

mo, Godofredo hacia lavar con frecuencia las piezas de vestir que usaban; y Tartelet, trasformado en lavandera, desempeñaba su oficio á satisfaccion de todos.

Godofredo se consagraba más especialmense á los trabajos de aprovisionamientos y de mueblajes. Era verdaderamente el proveedor de oficio. Recolectaba las raíces utilizables y las manzanas, dedicando para esto algunas horas de ciertos y determinados dias; tambien se ocupaba de la pesca por medio de cañales ó redes de juncos trenzados que colocaba, ya en las aguas corrientes del rio, ya en las cavidades de las rocas del litoral que el reflujo dejaba en seco. Estos medios eran indudablemente muy primitivos, pero contribuian de vez en cuando á que en la mesa de Will-Tree figurase un bello crustado ó algun sabroso y succulento pescado. Todo esto sin contar con los moluscos que se cogian siempre que se queria, á la mano y sin trabajo alguno.

Los lectores tendrán que convenir con nosotros en que de todos los chismes de cocina, el más esencial es el puchero; y este interesante chisme, el simple puchero de barro ó de hierro batido, les faltaba. Su falta se hacia sentir mucho, y Godofredo no sabia qué inventar para reemplazar la vulgar marmita ó cazuela, cuyo uso es universal. Nada de caldo; nada de carne ni de pescado cocido; nada más que asados arreglados sobre las brasas. La sopa de grasa jamas aparecia á la cabeza de las comidas, y Tartelet se quejaba de esto amargamente; pero no habia medio de consolar en este punto al pobre hombre.

En otras cosas ademas se habia ocupado Godofredo. Visitando los diferentes árboles del grupo, habia encontrado otro abeto de gran tamaño, cuya parte inferior, ahuecada por el tiempo, ofrecia una extensa fragosidad.

Allí se le ocurrió fabricar un gallinero, en el cual fijaron en seguida los volátiles su domicilio.

El gallo, las gallinas y los pollos se habituaron á él cómodamente, y los huevos eran empollados sobre la hierba seca hasta que los polluelos salian del cascaron. Se les encerraba por la noche á fin de ponerlos al abrigo de las aves de rapiña, que desde lo alto de las ramas acechaban estas fáciles victimas, y hubieran acabado por destruir toda la pollada.

En cuanto á los agutis, los carneros y las cabras, hasta entónces habia parecido inútil buscarles una cuadra ó un establo. Cuando llegara el frio y el mal tiempo, ya se procuraria arreglarlos. Miétras tanto, ellos prosperaban con aquel abundante pasto de la pradera, entre el que se encontraba con exceso una especie de zulla muy apetecible y ciertas raíces que los representantes de la raza porcuna prefieren con avidez á todas las otras. Desde la llegada á la isla habian parido algunas cabras, pero se les dejaba toda la leche á fin de que pudiesen criar cómodamente á los pequeñuelos.

De todo esto resultaba que Will-Tree y sus alrededores estaban siempre muy animados. Los animales domésticos, despues de alimentarse bien, venian durante la siesta á buscar allí un refugio contra los ardores del sol. No habia que pensar en que se extraviasen por alejarse, ni que temer ningun ataque

de fieras, porque parecia probado que la isla Fina no encerraba ni siquiera un animal dañino.

Así marchaban las cosas, con el presente asegurado, pero con un porvenir poco claro, cuando un incidente imprevisto vino á mejorar la situacion notablemente.

Era el día 29 de Julio.

Para pasar la mañana Godofredo vagaba errante por aquella parte de la playa que formaba el litoral de la gran bahía, á la que habia dado el nombre de *Dream-Bay*. La exploraba cuidadosamente á fin de reconocer si era tan rica en mariscos como el litoral del Norte. Quizás esperaba todavía tener algun hallazgo, encontrar algun objeto del buque, que la resaca hubiera lanzado á la costa.

Pensando en esto, llegó hasta la punta septentrional, que terminaba en una playa arenosa, cuando atrajo su atencion una roca de forma elegante que salia á la altura de la última parada de algas y de fucos.

Cierto presentimiento le obligó á apresurar su marcha, y.....; cuál no sería su sorpresa, su alegría más bien, cuando reconoció que lo que él tomaba por roca era un baul-mundo medio enterrado en la arena!

¿Sería uno de los fardos del *Dream*? ¿Se encontraría allí desde la noche del naufragio? ¿No sería quizás uno de los restos de alguna otra catástrofe más reciente? Dificil era saberlo; pero, en todo caso, viniese de donde quisiera, y tuviese dentro lo que quiera que fuese, era un baul que debía ser declarado de buena presa.

Godofredo lo examinó exteriormente. No encontró en él nota ni letrero de direccion, ni tampoco un nombre, ni áun siquiera una de esas gruesas iniciales colocadas en una placa de metal que adornan comunmente los cofres americanos. Quizás tendria dentro algun papel que indicase su procedencia, su nacionalidad ó el nombre de su propietario; pero estaba herméticamente cerrado. Era de esperar que su contenido se hubiera salvado de las averías del agua del mar, porque, en efecto, era un cofre muy fuerte, de madera, cubierto con una piel espesa con armaduras de cobre en todos sus ángulos y con largas correas que lo ligaban por todos lados.

Aun cuando era mucha su impaciencia por examinar el contenido de aquel baul, Godofredo no pensaba romperlo, sino abrirlo, despues de haber hecho saltar la cerradura. En cuanto á trasportarlo desde el fondo de *Dream-Bay* á *Will-Tree*, su peso no lo permitia, y era necesario pensar lo que habia de hacerse.

—Y bien—se dijo Godofredo;—lo vaciarémos en la hierba, y harémos tantos viajes cuantos sean necesarios para trasportar lo que encierre.

Se podian contar hasta cuatro millas desde la extremidad del promontorio de rocas hasta el grupo de abetos. La traslacion, pues, exigia cierto tiempo y ocasionaria bastantes fatigas. El tiempo puede decirse que no faltaba; y en cuanto á las fatigas, no era oportuno entónces pensar en ellas.

¿Qué encerraria ese baul? Antes de volver á *Will-Tree* Godofredo queria, cuando ménos, intentar abrirlo.

Comenzó por deslizar las correas; y hecho esto, levantó con cuidado el capuchon de cuero que tapaba la cerradura.

En seguida proyectó forzarla, y aquella era la tarea más difícil. No tenia ninguna cosa que le sirviera de palanca para hacerla saltar por la fuerza, y no queria arriesgarse á romper su cuchillo en aquella operacion. Buscó un pesado guijarro para ver de partir á golpes el pestillo.

La playa estaba sembrada de pedernales de todas clases y de todos tamaños, entre los que era muy fácil escoger alguno que sirviera de martillo.

Y en efecto, eligió uno, gordo como el puño, con el que dió un golpe vigoroso sobre la placa de cobre; y con gran sorpresa suya, el pestillo agarrado á la cerradura se desprendió inmediatamente.

Ó el pasador se habia roto al choque, ó la llave no estaba echada.

El corazon de Godofredo latia con mucha fuerza en el momento de ir á levantar la tapa del cofre.

Por fin lo abrió, y en verdad que hubiera sido una lástima el romperlo.

Era un magnifico baul. Sus paredes interiores estaban forradas con una hoja de zinc, de tal modo que el agua de mar no habia podido penetrar dentro. Así es que los objetos que hubiera allí debian encontrarse en perfecto estado de conservacion.

¡Y qué objetos! Al sacarlos Godofredo no podia contener sus exclamaciones de alegría. Aquel baul debía haber pertenecido á un viajero muy práctico, que preveia que pudiera llegar á algun pais donde no contase más que con sus propios recursos.

Ropas de uso las habia de todas clases; camisas, calzoncillos, servilletas, colchas; y ademas, camisetitas de lana, calcetines de lana y de algodón; sólidos pantalones de dril y de pana cruda, almillas de punto, chupas ó chalecos de gruesa y sólida tela; y por último, dos pares de fuertes botas, zapatos de caza y sombreros de fieltro.

Habia, en segundo lugar, utensilios de cocina y de tocador. Allí estaba el puchero ó la marmita, la famosa marmita, tantas veces deseada; y ademas, una cacerola y cafetera, tetera, algunas cucharas, tenedores y cuchillos; un pequeño espejo, cepillos para todos los usos; y por último, tres grandes frascos que contenian unas quince pintas de aguardiente y espíritu de vino, y muchas libras de té y de café.

Otro departamento del baul contenia útiles de todas clases, como barrenas, tijeras, sierras de mano y un gran surtido de clavos y de puntas, de hierros planos para azadas y para palas, piquetas, lachas, azuelas, etc.

Despues habia armas de varias clases: dos cuchillos de caza con sus magnificas vainas de cuero, una carabina y dos escopetas de piston, tres revólvers de seis tiros cada uno, una docena de libras de pólvora, muchos millares de cápsulas y una importante provision de plomos y de balas. Todas estas armas parecian ser de fabricacion inglesa. En aquel departamento se encontraban ademas un pequeño botiquin, un antejo de larga vista, una brújula y un cronómetro.

Por último, se veian algunos volúmenes en in-



Atrajo su atención una roca.

glés, muchas manos de papel en blanco, lápices, plumas y tinta, un calendario, una Biblia editada en Nueva-York y un *Manual del perfecto cocinero*.

Verdaderamente, todo aquello era de un precio inestimable en las circunstancias en que se hallaban.

Así es que Godofredo estaba loco de alegría; seguro de que si hubiera encargado expresamente que le enviasen lo que más necesitaba, no se hubiera acordado de todos los efectos que allí había y que tan útiles y necesarios eran para náufragos en apuro.

Esto valía una fervorosa acción de gracias á la Providencia, y Godofredo se apresuró á enviársela.

Él se había dado el placer de extender todo su tesoro sobre la arena. Todos los objetos tuvo el gusto de examinarlos uno á uno y detenidamente; pero no pudo encontrar en todo el baul un papel

que le indicase de dónde provenía ni el buque que lo había conducido.

Por el pronto se veía que la mar no había arrojado por todos aquellos alrededores ningún otro resto de un naufragio reciente. Nada había sobre las rocas ni sobre la arena. Era lo probable que el baul hubiese sido arrojado á aquel punto por el flujo, después de haber flotado más ó menos tiempo sobre las aguas. Y en efecto, su volumen, comparado con su peso, había podido asegurarle la necesaria flotabilidad.

Los dos huéspedes de la isla Fina se encontraban, con aquel hallazgo, provistos para mucho tiempo, no sólo de todo lo indispensable para cubrir las necesidades de la vida material, sino, además, de lo que pudiera hacérsela agradable. Era una fortuna con la que no habían podido soñar, y que se les entraba ella sola por la puerta.

Godofredo estaba convencido de que aquellos ob-



Se procedió á la eleccion de diversos objetos.

jetos no podian ser conducidos de una vez á Will-Tree. El transporte necesitaba muchos viajes, pero calculó que era preciso apresurarse, no fuera que sobreviniesen lluvias ó mal tiempo.

Volvió á colocar los objetos en el baul, dejando fuera una escopeta, un revólver, cierta cantidad de pólvora y de perdigones, un cuchillo de caza, el anteojo de larga vista y la cacerola.

Despues cerró y lió otra vez el baul, y cargado con lo que de él habia sacado, tomó á escape el camino del litoral.

¡Ah! ¡Qué recibimiento le hizo una hora-despues Tartelet! ¡Cómo bailaba de alegría cuando su discípulo le hizo relacion de todas sus nuevas riquezas! La cacerola, la cacerola sobre todo, le causó verdaderos trasportes, que fueron traducidos por una serie de sorprendentes *trenzados* de costado, que terminaron con un triunfante *paso de seis á ocho*.

Serian las doce la mañana, y, por lo tanto, Godofredo, despues de almorzar, quiso volver inmediatamente á Dream-Bay. Deseaba con ansiedad que cuanto ántes estuviese todo en seguridad en Will-Tree.

Léjos de hacer objeccion alguna, Tartelet se dispuso inmediatamente á partir. No habia ya necesidad de velar por la conservacion del fuego, porque con la pólvora en todas partes podia procurárselo. Pero el profesor quiso que durante su ausencia pudiera cocerse alguna cosa; y al efecto llenó la cacerola de agua dulce y le echó un cuarto de agutí y una docena de raices de *yamph*, que debian servir de legumbres, adicionándolo todo con un buen puñado de sal cogida en las hendiduras de las rocas.

— Esto se irá cociendo poco á poco y se arreglará bien ello solo — exclamó Tartelet, que parecia muy satisfecho de su obra.

Y en seguida emprendieron ambos el camino de Dream-Bay, oblicuando por lo más corto.

El baul continuaba en su puesto; Godofredo lo abrió con precaucion, y en medio de las exclamaciones de admiracion de Tartelet se procedió á la eleccion de diversos objetos.

En este primer viaje Godofredo y su compañero, convertidos en mulos de carga, pudieron trasportar á Will-Tree las armas, las municiones y una gran parte de los vestidos.

Ambos reposaron de sus fatigas delante de la mesa donde humeaba el caldo de agutí, que encontraron excelente. La carne, segun la opinion del profesor, no era posible imaginar nada más exquisito; lo cual pudiera ser muy bien, efecto de las anteriores privaciones.

Al dia siguiente, 30 de Julio, Godofredo y Tartelet emprendieron la faena al despuntar el alba, y en tres viajes más acabaron de vaciar y trasportar el contenido del baul. Antes de la noche, útiles, armas, instrumentos, utensillos, todo estaba arreglado y almacenado en Will-Tree.

Por último, el 1.º de Agosto, el baul mismo, arastrado no sin trabajo por lo largo de la playa, fué colocado en la habitacion y se le destinó á cofre para la ropa blanca.

Con su ordinaria movilidad y ligereza, Tartelet lo veia todo ya de color de rosa. Así es que, arreglado ya el cofre, agarró este dia su violin, y plantándose muy serio delante de su discípulo, como acostumbraba á hacerlo en el salon del hotel de Kolderup, dijo:

— ¡Y bien! mi querido Godofredo, ¿no sería ya tiempo de que emprendiéramos de nuevo nuestras lecciones?

III.

EN EL QUE ACONTECE LO QUE ACONTECER SUELE LO MÍNIMO UNA VEZ EN LA VIDA DE TODO ROBINSON VERDADERO Ó IMAGINARIO.

Lo que es ahora podia asegurarse que el porvenir se presentaba ménos sombrío.

Sin embargo, si Tartelet no veia en la posesion de aquellos instrumentos, de aquellos útiles y de aquellas armas, otra cosa más que los medios de hacer un poco más agradable aquella vida de aislamiento, Godofredo pensaba seriamente en la posibilidad de abandonar la isla Fina.— ¿No sería posible— se decia— construir una embarcacion bastante sólida, que nos permitiera llegar, ya á una tierra vecina, ya á cualquier buque que pasara á la vista de la isla?

Esta misma idea asaltaba tambien algunas veces el ánimo de Tartelet; pero esperaba la ocasion mucho más resignado.

El guardarropa de Will-Tree fué perfectamente instalado, pero se decidió que se usaria de él con toda la discrecion que exigia la incertidumbre del porvenir. La regla que Godofredo estableció, y á la cual debió someterse el profesor, consistia en no servirse de aquellos vestidos más que cuando imperiosamente lo fuera exigiendo la necesidad.

— ¿Y por qué?— decia algunas veces Tartelet, medio gruñendo.— ¿Por qué tanta parsimonia, mi querido Godofredo?.... ¡Despues de todo, no somos ningunos salvajes para andar siempre medio desnudos!

— ¡Perdonad, Tartelet, que os diga que si no somos salvajes, estamos en peligro de serlo!

— Como gustéis; pero ya veréis cómo vamos á llegar al caso de abandonar la isla sin haber estrenado esas ropas.

— Eso es lo que yo no sé, Tartelet; pero de todos modos, vale más que nos sobren que no que nos falten.

— Pero el domingo al ménos, el domingo perderemos un poco de tiempo en el tocador.

— Pues bien; el domingo y todos los demas dias de fiesta nos acicalaremos— dijo, Godofredo que no queria contrariar á su frívolo compañero;— pero como hoy es precisamente lunes, tenemos toda una semana todavía para pensar cómo nos pondremos más bonitos.

Se nos habia olvidado decir que desde el momento en que habia llegado á la isla, Godofredo habia tenido mucho cuidado de marcar cada uno de los dias que pasaban. Así es que ahora, ayudándose del calendario que habia encontrado en el baul, pudo fijar el dia de la semana, que verdaderamente era lunes.

Los trabajos diarios se distribuyeron entre ambos, segun las aptitudes de cada uno. Ya no era necesario velar dia y noche por la conservacion del fuego, porque habia medios de encenderlo; y por lo tanto, Tartelet pudo abandonar aquel cuidado, con gran pesar suyo, porque parece que no le desagradaba el oficio. Se encargó del abastecimiento de las raíces de *yamph* y de *camas*, de estas últimas sobre todo, porque servian para el pan cotidiano. Así es que el profesor hacia su recoleccion diariamente en todos aquellos grupos de arbustos de que la pradera estaba materialmente bordada, á las espaldas de Will-Tree. Habia que andar una ó dos millas, y pronto se acostumbró á ello. Tambien se ocupaba de cuando en cuando de coger ostras y toda clase de mariscos, de los que se consumia en todo tiempo una gran cantidad.

Godofredo se reservó el cuidado de los animales domésticos, y principalmente los del gallinero. Era el que hacia los sacrificios, lo cual le causaba bastante repugnancia, pero al fin los hacia. Y gracias á él habia frecuentemente sopa para la comida, á la que se añadia algun buen trozo de carne asada, componiendo así un ordinario aceptable. Caza de todas clases habia mucha en los bosques de la isla Fina, y Godofredo se proponia, así que otras cuidados más apremiantes le dejasen tiempo para ello, dedicarse á cazar. Contaba aprovechar bien las escopetas, la pólvora y los perdigones de su arsenal, pero antes queria terminar la instalacion de todo el menaje.

Sus herramientas le permitieron establecer bancos cómodos en el interior y en el exterior de Will-Tree. Los escafeles se arreglaron mejor con el hacha, y la mesa se pulimentó y se afinó para que fue-

se más digna de sostener los platos, las fuentes y los cubiertos con que la adornaba el profesor Tartelet. Los lechos fueron tambien modificados; se hicieron unos bastidores de madera para colocar las hojas secas que servían de colchones, y ya aquello tenía otro aspecto. Es cierto que no habia almohadas ni coberteras, pero las sábanas hacían su efecto. Se fijaron en la pared grandes planchas de corcho para colgar todos los utensilios de cocina. Otros efectos y los vestidos se colocaron en armarios hechos tambien con el cortezon del árbol y se cubrían para guardarlos del polvo. Con las correas y las hebillas del baul se colgaron las armas, decorando las paredes en forma de panoplias.

Godofredo trató tambien de evitar que por la noche invadieran su domicilio y turbáran su sueño los animales domésticos, y arregló una puerta sólida en lo que cabia. No quiso exponerse á romper la única sierra de mano que poseía, y por eso no la arregló con tablas de madera, sino con tabloncillos de corcho reforzados con listones. Al mismo tiempo abrió dos pequeñas ventanas, la una enfrente de la otra, por donde pudieran penetrar el aire y la luz, con sus correspondientes puertas tambien para cerrarlas de noche. Así, durante el día, si permanecían en la habitacion, no tenían necesidad de recurrir á las antorchas resinosas que la llenaban de humo.

Aun no sabía lo que se le ocurriría hacer para alumbrarse durante las largas noches de invierno. Podia hacer velas con la grasa de carnero ó arreglar bujías de resina más cuidadosamente preparadas. Eso lo decidiría despues.

Tenía el propósito de construir una chimenea en el interior de Will-Tree. Mientras durase el buen tiempo, bastaba para todas las necesidades y eventualidades el fogon establecido fuera en el hueco de un abeto; pero, cuando llegasen los frios y las nieves, y cuando cayese la lluvia á torrentes, era necesario arreglar la comida dentro de la habitacion y templarla al calor; y al efecto sería preciso fabricar allí un fogon, pero de modo que el humo saliera fuera.

Tambien quedó esto para resolverlo á su tiempo.

El trabajo que emprendió desde luego, muy útil por cierto, fué el de poner en comunicacion las dos riberas del rio por el sitio en donde se hallaba el grupo de abetos. Consiguió, á fuerza de mucho trabajo, afianzar estacas en el fondo de aquellas aguas vivas, y colocó sobre ellas travesaños fuertes que sirviesen de puente. De este modo se podia ir al litoral del Norte, sin vadear, y sin necesidad de dar una vuelta de más de dos millas.

Aun cuando Godofredo tomaba todas las precauciones necesarias á fin de hacer lá existencia en la isla Fina lo ménos penosa posible, en el caso de que estuviesen condenados á estar allí mucho tiempo, ó quizás toda la vida, no olvidaba nunca buscar las probabilidades de salir de la isla.

Era evidente que la isla Fina estaba fuera de las rutas ordinarias. No tenía ningun puerto de arribada, ni recursos para aprovisionamientos de ninguna clase. Tal vez sucediera alguna vez que un buque de guerra ó de comercio pasase á la vista de la isla,

y para ese caso consideraba Godofredo que sería conveniente atraer su atencion, manifestando de un modo ostensible que la isla estaba habitada.

Con este objeto, Godofredo creyó deber colocar un mástil ó asta de bandera en la extremidad del cabo situado hácia el Norte y sacrificar la mitad de una de las sábanas halladas en el baul. Ademas, temiendo que el color blanco no fuese visible más que en un radio estrecho, trató de teñir aquella bandera con el zumo de unos madroños que crecían al pié de las dunas. Obtuvo una tintura de un rojo vivo, que no pudo hacer indeleble por falta de mordiente; pero proyectó orillar esta dificultad repitiendo el tinte siempre que lo gustára el aire ó la lluvia.

Todos estos diversos trabajos lo tuvieron ocupado hasta el 15 de Agosto. Durante algunas semanas, el cielo habia estado constantemente despejado, habiendo habido sólo dos ó tres tormentas de una tremenda violencia, que habian humedecido el suelo de una manera excesiva.

En aquellos dias comenzó tambien Godofredo á ejercitarse en la caza, teniendo en cuenta que para este ejercicio no podia contar con Tartelet, que aun no se habia estrenado en averiguar cómo se disparaba una escopeta.

Consagró algunos dias de la semana á perseguir lo mismo las piezas de pluma que las de pelo. La caza, aunque no era muy abundante, era suficiente para llenar las exigencias de Will-Tree. Algunas perdices y codornices, y una buena cantidad de gallinetas, vivieron dichosamente á variar el *menu* habitual. Tambien cayeron dos ó tres antilopes bajo el plomo del joven cazador, y Tartelet, aunque no habia contribuido á su captura, no por eso dejó de acogerlos con entusiasmo y satisfaccion cuando se presentaron bajo las formas de pernils y de chuletas.

Al mismo tiempo que cazaba Godofredo, procuraba conocer más exactamente la isla Fina. Unas veces penetraba en el fondo de aquellos espesos bosques que ocupaban la parte central; otras remontaba por las orillas del rio hasta su origen, y otras subia de nuevo á la cima de la pirámide ó cono, y descendia por los declives hácia el litoral del Este, que aun no habia visitado.

—De todas estas exploraciones —se repetía con frecuencia Godofredo— resulta que la isla Fina no encierra ningun animal dañino; ni tigres, ni serpientes ni cocodrilos. No he podido encontrar ni uno de muestra; y si hubiera alguno, hubiera salido de su guarida al ruido de mis disparos. Esta es una dichosa circunstancia; porque, en otro caso, no sé cómo me las arreglaría para fortalecerme en Will-Tree.

Despues, pasando á otro órden de consideraciones, añadia:

—Tambien es necesario convenir en que la isla no está habitada en ninguno de sus puntos; porque, en otro caso, indígenas ó naufragos hubieran acudido al oír las detonaciones de mi escopeta..... No hay en contra de esta suposicion más indicio que el del maldito humo que he creído apercibir dos veces.

El hecho es que Godofredo nunca habia encon-



Gracias á él habia frecuentemente sopa en la comida.

trado las huellas de ningún fuego, y que respecto á manantiales de aguas hirvientes, no podía haber ninguno en la isla, porque en ningún punto había trazas ni sospechas de volcán alguno..... Y sin embargo, le era muy duro convencerse de que por dos veces había sido juguete de la misma ilusión.

Por otra parte, aquella aparición de humo ó de vapores no se había reproducido. Godofredo había vuelto á subir á la pirámide y también al alto ramaje de Will-Tree, y nada había podido descubrir, por lo que acabó por olvidar lo del humo.

Muchas semanas pasaron en los trabajos de menaje y en las excursiones de caza, y cada día se obtenía una nueva mejora en las condiciones de la vida común.

Según se había convenido, todos los domingos se ponía Tartelet los vestidos más lujosos, y dedicaba

el día á pasearse bajo los grandes árboles tocando su violín. Inventaba pasos y trenzados difíciles, y se daba lecciones á sí mismo, porque su discípulo estaba resuelto á no seguir aprendiendo.

—¿Para qué?—replicaba Godofredo á las instancias del profesor.—¿Cabe en vuestra cabeza un Robinson tomando lecciones de baile?

—Y por qué no?—insistía muy serio Tartelet. ¿Por qué un Robinson había de estar dispensado de tener urbanidad y de aprender á presentarse de un modo digno y conveniente? Es para satisfacción propia, no para satisfacción de los otros para lo que deben saberse todas esas cosas.

Á esto nada respondía Godofredo; pero como al mismo tiempo no se daba á partido, el profesor quedaba reducido á *profesor in partibus*.

El 13 de Setiembre fué marcado, porque durante



Colocó la bandera á media asta.

él sufrieron una decepcion, la más grande que pueden tener los infortunados á quienes un naufragio ha arrojado á una isla desierta.

Si Godofredo no habia vuelto á ver más en punto alguno de la isla aquellos humos inexplicables, en este dia, á eso de las tres de la tarde, fué atraída su atencion sobre un vapor ó humo de extensa huella, sobre cuyo origen no era fácil engañarse.

Habia ido paseándose hasta la extremidad de Flag-Point, nombre que habia dado al cabo sobre el que habia fijado el asta de la bandera. Estaba mirando distraidamente con su anteojo, cuando por debajo del horizonte apercibió un humo que el viento sudoeste arrastraba con direccion á la isla.

El corazon de Godofredo latió con violencia.

—¡ Un buque! —gritó.

Pero aquel buque, ó mejor dicho, aquel vapor

SEGUNDA PARTE.

¿pasaria á la vista de la isla Fina? ¿Y si pasaba, se aproximaria lo bastante para que sus señales y sus avisos fueran vistos ú oídos desde bordo? ¿O quizás aquel humo apenas divisado se perderia con el barco de donde procedia en el sudoeste ó el noroeste del horizonte?

Durante más de dos horas Godofredo fué presa de angustias y de ansiedades más fáciles de sentir que de describir.

Sin embargo, el humo aumentaba poco á poco, y se espesaba cuando la máquina forzaba sus fuegos; despues disminuia hasta el punto casi de desaparecer cuando se consumia la paletada de carbon. Indudablemente el buque se aproximaba á la isla. Hacia las cuatro su casco se mostraba al nivel del cielo y del agua.

Era un gran vapor, que navegaba al Nordeste. Go-

Godofredo lo reconoció cómodamente, y comprendió que por la dirección que llevaba debía por necesidad aproximarse á la isla Fina.

Lo primero que se le ocurrió á Godofredo fué correr á Will-Tree y avisar á Tartelet. ¿Pero para qué? La vista de un solo hombre haciendo señales habia de causar más efecto que si fueran dos. Tenia además el anteojo, con el que procuraba no perder ni un solo movimiento del buque.

Este seguia aproximándose á la costa, aun cuando se conocia que no habia puesto directamente la proa á la isla. Á las cinco, la línea del horizonte se elevaba ya á más altura que el casco del barco y sus tres palos de goleta se veian perfectamente hasta sin anteojo. Godofredo pudo reconocer los colores de la bandera.

Eran los colores de la bandera americana.

Entonces hizo el razonamiento siguiente:

—Si yo distingo desde aqui esa bandera, no es posible que desde bordo no divisen la mia. El viento la despliega de manera que con mucha facilidad puede verse con un anteojo. ¡Si yo hiciera señas subiéndola y bajándola muchas veces para significar mejor que desde tierra se quiere comunicar con el buque! ¡Sí, sí, voy á hacerlo!

La idea era buena; y para ponerla en práctica corrió á la extremidad de Flag-Point, y comenzó á maniobrar segun se habia propuesto. Despues colocó la bandera á media hasta, es decir, al morron, lo que, segun los usos marítimos, significa que se pide socorro y auxilio.

El vapor se aproximó aun más, llegando á ménos de tres millas del litoral; pero su bandera continuó inmóvil en la punta de su palo de su mesana, sin contestar á las señales de Flag-Point.

Godofredo sintió oprimirse el corazon. Indudablemente no lo habian visto, y eran las seis y media y pronto empezaria á oscurecer.

Y sin embargo, el buque no estaba ya ni siquiera á dos millas de la punta del cabo, hacia el que corria rápidamente..... En aquel momento el sol desaparecia sobre el horizonte; y con las primeras sombras de la noche era necesario renunciar á toda esperanza de ser visto.

Godofredo volvió á subir y bajar la bandera, pero sin resultado.

Disparó entonces varias veces su escopeta, sin tener en cuenta que la distancia era mucha y que el viento no iba hacia aquella dirección; y por supuesto, ninguna detonacion contestó á las suyas.

La noche se fué presentando poco á poco, y pronto dejó de divisarse el casco del vapor. Era probable que una hora despues habria abandonado por completo las costas de la isla.

No sabiendo entonces Godofredo qué hacer, se puso á calcular, y al fin se le ocurrió la idea de prenderle fuego al grupo de árboles resineros que se agrupaban por detras de Flag-Point. Encendió un gran puñado de hojas secas valiéndose de la pólvora, y en seguida puso fuego al grupo de pinos, que ardió como una tea.

Pero tampoco los fuegos de bordo contestaron á este fuego de tierra, y Godofredo se volvió triste-

mente á Will-Tree, considerándose más abandonado y más desamparado que lo habia estado hasta entonces.

IV.

EN EL CUAL SE PRESENTA UN INCIDENTE QUE NO DEBE SORPRENDER Á LOS LECTORES.

Aquel golpe dejó abatido á Godofredo. Aquella fortuna inesperada, que acababa de escapársele, no volveria á presentarse jamas. Así lo temia al ménos.

La indiferencia de aquel buque al pasar á la vista de la isla Fina, sin ni aun siquiera tratar de reconocerla, revelaba que todas las embarcaciones harian lo mismo, y que ninguna querria aventurarse á abordar á aquella porcion de tierra desierta.

Y despues de todo, ¿para qué habian de ir á ella, si sabian que allí no habia ningun puerto de refugio?

Godofredo pasó la noche triste y agitado. Á cada instante se despertaba, creyendo oir el ruido lejano de un cañonazo, y en seguida se preguntaba, ¿si seria posible que el vapor hubiese al fin percibido las llamas del fuego que habia encendido, y estarían avisando á cañonazos su presencia.

Escuchaba atentamente, y al fin se convencia de que todo era una ilusion de su cabeza sobrecitada. Cuando apareció el dia trató de convencerse de que la aparicion del buque no habia sido más que un sueño que habia empezado la víspera á las tres de la tarde.

¡Pero no! Era demasiado cierto que una embarcacion se habia presentado á la vista de la isla Fina, á ménos de dos millas de distancia; y era más cierto aun, que habia pasado de largo sin arribar á la costa.

De esta decepcion Godofredo no dijo ni una palabra á Tartelet. ¿Para qué habia de hablarle de semejante cosa? En primer lugar aquel espíritu frívolo nunca veia en el porvenir á una distancia de más de veinticuatro horas; jamas pensaba en las probabilidades que podian presentarse para abandonar la isla, y ménos en las graves eventualidades que pudieran surgir. La ciudad de San Francisco empezaba á borrarse de sus recuerdos. No tenia prometida que le esperase, ni tío Will á quien volver á ver. Si sobre aquel pedazo de tierra hubiera podido abrir una academia de baile, se hubieran visto colmados sus deseos, aun cuando sólo hubiera podido tener un discípulo.

Pero ¡ay! que si el profesor Tartelet no pensaba entonces en ningun riesgo próximo que pudiera comprometer su seguridad en la isla, iba á tener muy pronto un desengaño. Aquel mismo dia su optimismo iba á ser puesto á prueba.

Hacia las cuatro de la tarde, Tartelet habia ido, segun su costumbre, á coger ostras y toda clase de mariscos al lado de la ribera detras de Flag-Point, cuando de pronto Godofredo le vió volver á todo escape á Will-Tree. Traia erizados sus escasos cabellos y el aire de un hombre que huye con tanto espanto, que ni aun se atreve á volver atras la cara.

—¿Qué es eso? ¿qué teneis?—gritó Godofredo

no sin inquietud, y saliendo al encuentro de su compañero.

— ¡Allí, allí! — exclamó Tartelet señalando con el dedo hacia donde se apercibía un estrecho segmento, al Norte, entre los grandes árboles de Will-Tree.

— ¿Pero que es lo que hay allí? — preguntó Godofredo, cuyo primer movimiento fué el de dirigirse hacia los abetos.

— ¡Una barca!

— ¿Una barca?

— ¡Sí! ¡Llena de salvajes!..... ¡Toda una flotilla de salvajes!..... ¡Canibales quizás!

Godofredo miró entónces con más atencion hacia el sitio indicado.

No era una flotilla, como habia dicho el aturrido Tartelet; pero la verdad es que no se habia engañado más que en la cantidad.

Era, en efecto, una pequeña embarcacion que se deslizaba sobre el mar, tranquilo entónces como un espejo, y que iba á una distancia de media milla de la costa, con el objeto, al parecer, de doblar á Flag-Point.

— ¿Y por qué han de ser canibales? — dijo Godofredo volviéndose hacia el profesor.

— Porque en la isla donde se albergan los Robinsones — respondió Tartelet — son siempre canibales los que llegan á ellas.

— ¿No puede ser tambien un bote de un buque comercial?

— ¿Pero de qué buque?.....

— De un vapor que pasó ayer despues del medio-día á la vista de nuestra isla.

— ¡Y no me habiais dicho nada! — gritó Tartelet levantando con desesperacion los brazos al cielo.

— No habia necesidad, puesto que yo creí que el barco habia desaparecido definitivamente. Pero puede ser muy bien que este bote le pertenezca..... Ahora, vamos á verlo.

Y volviendo rápidamente á Will-Tree, tomó su antejo, yéndose á colocar de nuevo en el sitio en que estaba.

Desde allí pudo ya observar con una extremada atencion aquella barca; y calculó que desde allí debia necesariamente apercibirse la bandera de Flag-Point desplegada á impulsos de una ligera brisa.

El antejo se escapó de las manos de Godofredo.

— ¡Salvajes, sí! ¡Verdaderamente son salvajes! — exclamó.

Tartelet sintió flaquear sus piernas y un estremecimiento de espanto circuló por todo su cuerpo.

Era, en efecto, una embarcacion cargada de salvajes la que Godofredo acababa de apercibir, y que avanzaba hacia la isla. Construida como una piragua de las islas polinesianas, llevaba una gran vela hecha con trenzados de bambús; un balancin que salia sobre su mura de babor la mantenia en equilibrio contra la otra banda que daba al viento.

Godofredo distinguia perfectamente la forma de la embarcacion; era un *prao*, especie de canoa de una forma que hacia suponer que la isla Fina no podia estar lejos de la Malasia. Y sin embargo, no eran malayos los que montaban la piragua; eran

negros medio desnudos, y contados, llegaban á una docena.

El peligro estaba por lo pronto en ser vistos. Godofredo debió deplorar entónces haber izado aquella bandera que no habian podido distinguir desde el buque, y que no se escaparia á los tripulantes del *prao*. En cuanto á amainarla entónces, le parecia ya demasiado tarde.

El incidente era verdaderamente bastante deplorable. Era evidente que aquellos salvajes tenian por objeto abandonar alguna isla vecina, y fijarse en aquélla, creyéndola deshabitada, como ciertamente lo estaba antes del naufragio del *Dream*..... Pero es el caso que allí estaba izada una bandera, denunciando la presencia de seres humanos en aquellas costas, y por lo tanto, no era fácil escapar, si los salvajes desembarcaban.

Godofredo no sabia qué partido tomar. En todo caso, lo más urgente era observar si atracaban ó no á la isla, y obrar seguidamente en consecuencia.

Con su antejo siguió observando la piragua; la vió aproximarse á la punta del promontorio, despues doblarla, descender en seguida á lo largo del litoral, y por último, atracar á la embocadura misma del rio que pasaba cerca de Will-Tree, á dos millas hacia arriba.

Si aquellos salvajes trataban de remontar la corriente del riachuelo, llegarían en muy poco tiempo al grupo de abetos, sin que hubiera medios de evitarlo.

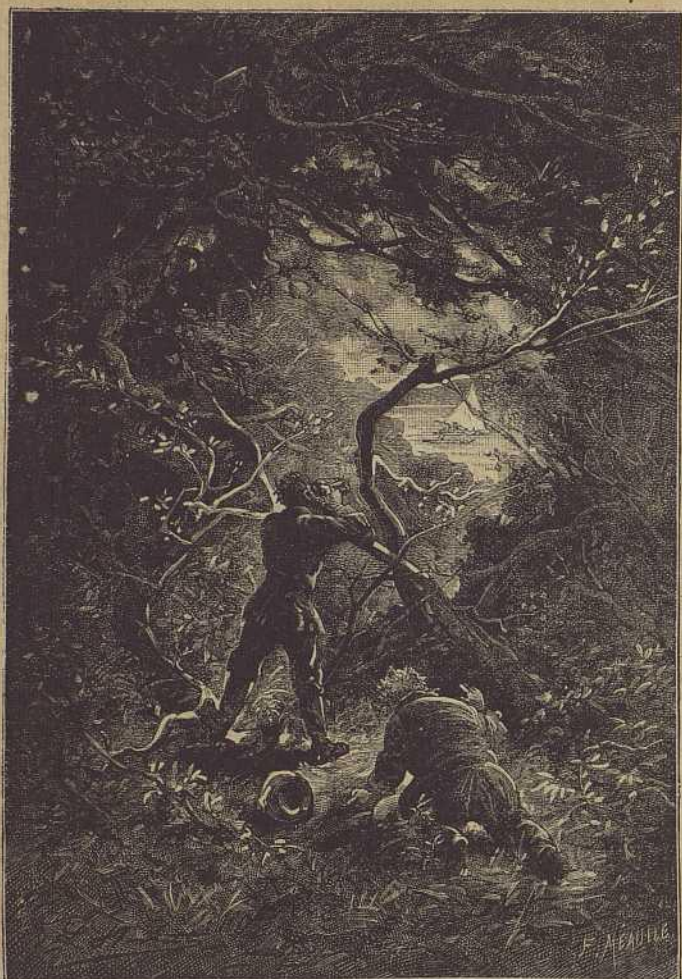
Godofredo y Tartelet volvieron á su habitacion. Trataron, ante todo, de adoptar algunas medidas que pudieran ponerles al abrigo de una sorpresa y darles el tiempo necesario para preparar su defensa. Esto se le ocurrió solamente á Godofredo, puesto que el profesor no estaba para eso; su imaginacion divagaba por otros espacios.

— ¡Ah! — decia — esto es una fatalidad..... ¡Sin embargo, estaba escrito, y no hay medios de escapar! No puede hacerse el papel de Robinson sin verse expuesto á que una piragua atraque en la isla, sin que una banda de canibales se presente un día ú otro. No hace más que tres meses que estamos aquí, y ahí los teneis ya..... ¡Ay! ¡Decididamente, ni Foë ni Wyss han exagerado las cosas!..... ¡Y hágase V. Robinson, para sufrir luégo estas consecuencias!

¡Pobre Tartelet, que no calculaba que los Robinsones no se hacen, sino que se llega á tal estado por las fuerzas de las circunstancias! Y que, despues de todo, todavia faltaba mucho para que pudieran compararse con los héroes de los dos novelistas, el inglés y el suizo.

Á su llegada á Will-Tree tomó las precauciones siguientes:

El fogon encendido en el hueco de un abeto, fué apagado y se procuró dispersar las cenizas á fin de no dejar ninguna huella. Los gallos, las gallinas y los pollos estaban ya metidos en el gallinero donde pasaban la noche, y lo que se hizo fué tapar con malezas muy bien la entrada á fin de que quedase disimulada lo mejor posible; los otros animalitos, los agutis, carneros y cabras, fueron dispersados



Desde allí pudo ya observar con una extremada atencion.

por la pradera, porque no habia donde encerrarlos. Todos los instrumentos y utensilios de trabajo fueron guardados en la habitacion, no dejando fuera nada que pudiera revelar ó indicar la presencia ó el paso de seres humanos. En seguida se metieron dentro de Will-Tree Godofredo y Tartelet, y cerraron herméticamente la puerta. Aquella puerta hecha con el cortejon del mismo abeto, se confundia con el resto del tronco, y podia pasar desapercibida para los salvajes, que no era fácil se detuviesen en investigaciones de aquella clase. Se hizo lo mismo con las dos ventanas, cuyos aleros se bajaron precedentemente. Despues se apagaron todos los fuegos en el interior de la habitacion, que permaneció en la oscuridad más completa.

¡Qué noche más larga fué aquélla!

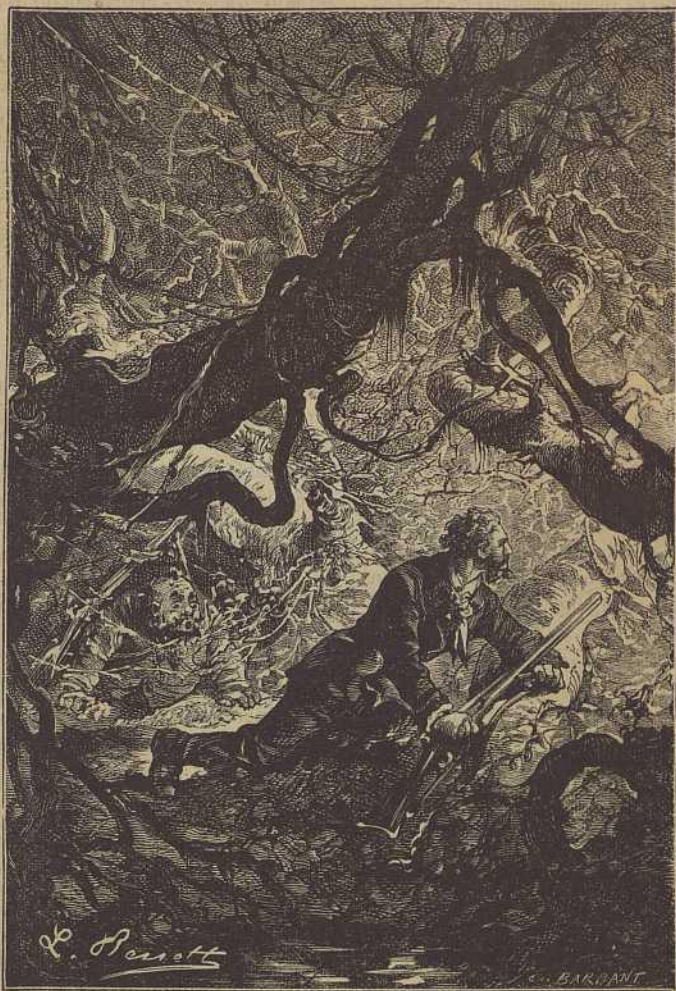
Godofredo y Tartelet no perdieron ninguno de

los ruidos del exterior. El crujido de una rama seca ó un soplo de viento les hacia temblar, creyendo que andaban bajo los arboles, y Godofredo, empuñándose un poco, se arrimaba á una de las ventanas, levantaba un poco el alero y miraba ansiosamente en las sombras.

Nada distinguia.

Una vez sintió distintamente el ruido de pasos sobre el suelo. Seguramente su oido no le habia engañado esta vez; miró con más cuidado, y apercibió á una de las cabras que venia á buscar abrigo bajo los árboles.

Por lo demas, si alguno de los salvajes llegaba á descubrir la habitacion oculta en el enorme abeto, Godofredo habia ya pensado lo que iba á hacer. Arrastraria á Tartelet con él por el tubo interior y se refugiarian en las ramas más altas, desde donde



Godofredo se detuvo.

estarian en mejor situación para defenderse. Con escopetas y revólvers á su disposición, y con municiones en abundancia, quizás podrían rechazar y aún vencer á una docena de salvajes desprovistos de armas de fuego. Si éstos, en el caso de que contasen con arcos y flechas, atacaban desde abajo, no era posible que dejaran de ser vencidos por armas de fuego disparadas con acierto desde lo alto. Si, por el contrario, forzaban la puerta de la habitación y procuraban abordar al alto ramaje por el interior, les sería difícil llegar, puesto que tenían que pasar por una estrecha abertura, que los sitiados podían defender cómodamente.

Godofredo no quiso confiar nada de esto á Tartellet. El pobre hombre estaba ya bastante espantado con la llegada de la canoa, y no quería aumentarle el susto. El pensamiento de que había de verse obli-

gado á refugiarse en la parte superior del árbol, en un sitio que parecía un nido de águilas, no hubiera contribuido á tranquilizarlo poco ni mucho. Si era necesario echar mano de aquel recurso á última hora, Godofredo lo arrastraría por el tubo sin darle tiempo ni aún para pensarlo.

La noche pasó entre las alternativas del temor y de la esperanza. No llegó á efectuarse ataque alguno directo, y ni siquiera se advirtió que los salvajes se aproximasen al grupo de abetos. Quizás esperaban el día para aventurarse á explorar la isla.

—¡Esto es probablemente lo que harán—decía Godofredo—puesto que nuestra bandera les indica que la isla está habitada! Ellos no pasan de una docena, y naturalmente, tienen que tomar algunas precauciones. ¿Cómo han de suponer que no tienen que habérselas más que con dos náufragos?... ¡No,

no se atreverán á hacer nada hasta que sea de día.... á ménos que no tengan intencion de instalarse aquí!....

— ¡Ó á ménos que no se reembarquen cuando sea de día claro! —añadió Tartelet.

— ¡Reembarcarse! pero entónces, ¿á qué habian de haber venido á la isla Fina?

— No lo sé — contestó el profesor, que en su espanto no podia explicarse la llegada de aquellos salvajes más que por la necesidad de proveerse de carne humana.

— De todos modos — replicó Godofredo — mañana temprano, si esos salvajes no han venido á Will-Tree nosotros saldremos á reconocer el campo.

— ¿Los dos?

— ¡Sí, los dos! ¡Sería una imprudencia separarnos! ¡Quién sabe si tendríamos que refugiarnos en los bosques del centro y ocultarnos allí durante algunos dias.... hasta la partida de la canoa!.... No, no; y permaneceremos siempre juntos, Tartelet.

— ¡Chist! — dijo el profesor con voz temblona. — Me parece que oigo, ahí fuera....

Godofredo se empujó de nuevo á la ventana, volviendo á bajar casi en el mismo instante.

— No, nada se ve que inspire sospechas. Son nuestros animalitos que se agrupan al rededor del abeto.

— ¿Huyendo quizás? — exclamó Tartelet.

— No, no; al contrario, parecen muy tranquilos — respondió Godofredo. — Me creo que vienen solamente á buscar abrigo contra el rocío de la mañana.

— ¡Ah! — murmuró Tartelet con un tono tan compungido que por poco hace estallar la risa de Godofredo á pesar de la gravedad de las circunstancias. — Ved aquí — continuó — una cosa que no nos pasaria, desde luego, en el hotel Kolderup de la calle de Montgomery.

— El sol no tardará en aparecer — dijo entónces Godofredo. — Antes de una hora, si los salvajes no han aparecido, saldremos á hacer un reconocimiento por el norte de la isla.... ¿Seréis capaz de sostener una escopeta, Tartelet?

— ¡De sostenerla.... sí!

— ¿Y de tirar con ella á un punto determinado?

— Eso es lo que no sé; jamas lo he ensayado, y podeis estar seguro de que mi bala no llegará á donde yo me proponga que llegue.

— ¡Quién sabe si la detonacion sola bastará para asustar á los salvajes!

Una hora despues estaba ya bastante claro para que las miradas pudieran extenderse más allá del grupo de abetos.

Godofredo levantó entónces sucesivamente, pero con precaucion, los aleros de las ventanas. Á traves de la que se abria hácia el Sud no observó cosa alguna extraordinaria. Los animales domésticos vagaban pacíficamente por debajo de los árboles sin manifestar espanto alguno. Despues de examinarlo todo bien por aquel lado, Godofredo volvió á cerrar cuidadosamente aquella ventana, y se dirigió á la del Norte, por la que se divisaba hasta el litoral. Se alcanzaba á ver cerca de dos millas, la extremi-

dad de Flag-Point, pero no se distinguia la embocadura del rio.

Godofredo examinó en seguida, sin servirse del antejo, todas las cercanias de Will-Tree.

Todo estaba perfectamente tranquilo. Volviendo á tomar su antejo recorrió el derrotero del litoral hasta la punta del promontorio de Flag-Point. Quizás, y como habia dicho Tartelet, áun cuando esto pareciese inexplicable, los salvajes se habrian reembarcado despues de pasar una noche en tierra, sin haber tenido el capricho de enterarse si efectivamente la isla estaba habitada.

V.

DE CÓMO LA ESCOPETA DEL PROFESOR TARTELET LLEGÓ Á HACER UN VERDADERO MILAGRO.

En este estado de ánimo, una exclamacion repentina que se le escapó á Godofredo hizo dar un salto mortal al buen profesor de baile.

No habia ya duda posible: los salvajes debian saber que la isla estaba ocupada por seres humanos, puesto que la bandera que ondeaba en la extremidad del cabo habia sido quitada de allí, y ya nada de ella se divisaba en Flag-Point.

Habia llegado, pues, el momento de poner en ejecucion el plan proyectado sobre un minucioso reconocimiento, á fin de enterarse si los salvajes estaban todavia en la isla, y en caso afirmativo, en qué se ocupaban.

— ¡Marchemos! — dijo Godofredo á su compañero.

— ¡Marchar!..... pero.... — balbuceó Tartelet.

— ¿Quereis mejor permanecer aquí?

— ¡Con vos, Godofredo, sí!

— ¡No, solo!

— ¡Solo!.... ¡De ningun modo!

— ¡Entónces, venid conmigo!

Comprendiendo Tartelet que Godofredo no cejaria en sus propósitos, se decidió á acompañarle. No tenta el buen hombre valor para quedarse solo en Will-Tree.

Antes de salir, Godofredo se aseguró de que sus armas estaban corrientes. Se cargaron con balas las dos escopetas, y una la tomó el profesor, que estaba tan embarazado como pudiera haberlo estado un salvaje de Poumotou. Ademas tuvo que ceñirse á la cintura una cartuchera, y que colgarse uno de los cuchillos de caza. Abrió la idea de llevar tambien el violin, calculando quizás que los salvajes se domesticarian con el *crin crin* de sus cuerdas.

Trabajo le costó á Godofredo hacerle renunciar á un propósito tan ridículo como poco práctico.

Serian entónces las seis de la mañana. En la cima de los abetos se reflejaban ya los primeros rayos del sol.

Godofredo entreabrió la puerta y dió algunos pasos, observando con atencion por entre el grupo de árboles.

La soledad era completa.

Los animalitos se habian vuelto á la pradera, y se les veia, como á un cuarto de milla, pacer con la mayor tranquilidad del mundo. No habia en ellos señales de la más ligera inquietud.

Godofredo hizo señas á Tartelet para que se le uniera; y el profesor, doblado bajo el peso de sus armas, le siguió, no sin manifestar alguna vacilación.

Godofredo entonces cerró perfectamente la puerta, colocándola de modo que se confundiese con el cortezon del abeto. Despues arrojó al pié del árbol un gran puñado de malezas que sujetó con dos ó tres grandes piedras, y se dirigió hácia el rio con la intencion de seguir toda la costa hasta llegar á la embocadura.

Tartelet le seguia, no sin hacer preceder cada uno de sus pasos de una mirada inquieta, que dirigia hácia el límite del horizonte; pero el miedo de quedarse solo le obligaba en seguida á apresurar su marcha.

Cuando llegaron á la entrada del grupo de abetos, Godofredo se detuvo. Sacó entonces su anteojó del estuche y se puso á examinar con extremada atencion toda la parte del litoral que se desarrollaba desde el promontorio de Flag-Point hasta el ángulo nordeste de la isla.

En ninguna parte se veia un sér viviente, ni hácia punto alguno se divisaba en el aire la más pequeña columna de humo.

Tambien estaba desierta la extremidad del cabo, pero indudablemente habria á su alrededor numerosas huellas de pasos, porque Godofredo no se habia engañado en lo referente á la bandera. El asta se veia perfectamente sobre la última roca, pero habian quitado la bandera. Evidentemente los salvajes, despues de haber invadido aquel puesto, se habian apoderado del pedazo de tela roja, que habia excitado su codicia, volviendo á su piragua, que dejarían amarrada á la embocadura del rio.

Godofredo se volvió en seguida con el objeto de abrazar con la mirada todo el litoral del Oeste.

Todo aquello era un vasto desierto desde Flag-Point hasta más allá del perimetro de Dream-Bay.

En la superficie del mar no aparecia ninguna embarcacion. Si los salvajes habian vuelto á su canoa, era necesario convenir en que se habrian amparado detras de las rocas.

Godofredo no podia ni queria permanecer más tiempo en la incertidumbre, y deseaba averiguar á punto fijo si los indígenas habian abandonado ó no la isla.

Para averiguarlo, creyó necesario trasladarse al sitio en que aquéllos habian desembarcado la víspera, es decir, á la embocadura misma del rio, que formaba un estrecho puerto.

Y esto fué lo que intentó hacer al momento. Los bordes de aquel pequeño riachuelo estaban sembrados de grupos de árboles en un espacio de cerca de dos millas. Más adelante, en una extension de quinientos á seiscientos metros hácia el mar, el rio corria enteramente al descubierto. Esto permitia el poderse aproximar por un lado ú otro, sin ser visto, hasta el mismo lugar del desembarco, y daba ocasion para poderse esconder aun cuando los salvajes se aventurasen á remontar la corriente. Pero era indispensable, por lo pronto, avanzar con las mayores precauciones.

Godofredo pensaba, no sin razon, que á aquella hora los salvajes, cansados de una larga travesia, no debian haber abandonado el sitio á que arribaron. Quizás dormian aún, ya sobre la piragua, ya en tierra. En este caso se podria calcular si conveniria sorprenderlos.

El proyecto fué puesto inmediatamente en ejecucion. Importaba que los otros no se adelantasen, porque en semejantes circunstancias, las más veces las ventajas son para los que se adelantan. Se repusieron los cebos y fulminantes de las escopetas y los revólvers; y en seguida Godofredo y Tartelet empezaron á desfilár bajando por la orilla izquierda del rio.

Todo seguia silencioso en aquellos alrededores. Los pájaros pasaban de una á otra márgen, y saltaban de rama en rama sin manifestar inquietud alguna.

Godofredo iba delante, y comprendia que su compañero le seguia dando traspiés. Pasando de un árbol á otro iban ganando terreno hácia el litoral sin exponerse á ser vistos. En un punto los zarzales y las breñas los ocultaban perfectamente; en otros los cubria la hierba á más altura que sus cabezas, pero siempre seguian expuestos á que los alcanzase la flecha de un arco ó la piedra de una honda; por lo que cada vez aumentaban más las precauciones.

Sin embargo, á pesar de las recomendaciones que se le habian hecho, Tartelet seguia tropezando en algunas cepas ó troncos, y dos ó tres veces cayó haciendo ruido y comprometiendo, por lo tanto, la situacion. La verdad es que el pobre hombre no estaba en disposicion de prestar auxilio alguno, y que hubiera valido más, indudablemente, dejarlo en Will-Tree, ó en otro caso, ocultarlo en algun espeso árbol de la floresta. Ya era tarde para pensar en nada de esto.

Una hora despues de haber abandonado el grupo de abetos, Godofredo y su compañero habian atravesado el espacio de una milla; una milla solamente, porque la marcha habia sido muy difícil y penosa entre aquellas altas hierbas y entre los arbustos y malezas. Nada habian encontrado en todo el trayecto que considerasen receloso ó sospechoso.

En el punto á que habian llegado, los árboles faltaban en un espacio de cien metros por lo ménos, corriendo el rio entre sus dos orillas, desnudas por aquella parte. El pais se mostraba allí completamente descubierto.

Godofredo se detuvo y observó cuidadosamente el prado, á la derecha y á la izquierda del riachuelo.

Nada se divisaba que produjese inquietud ni temor; nada que indicase la aproximacion ó presencia de los salvajes. Es cierto que al enterarse éstos de que la isla estaba habitada, no se atreverian á andar por ella sin tomar muchas precauciones; al remontar el rio deberian emplear tanta prudencia por lo ménos como la que empleaba Godofredo para bajar por la orilla. Debía suponerse que si andaban por aquellos alrededores aprovecharian tambien para ocultarse las altas hierbas y los arbustos de lentiscos, que parecian colocados á propósito para una emboscada.



Al rededor de aquel fuego iban y venían los salvajes,

La exploracion sin resultados producía un efecto muy sorprendente, pero que suele ser muy natural.

A medida que avanzaba sin encontrar ningun enemigo, Tartelet iba perdiendo poco á poco el miedo y hasta hablaba con desprecio de aquellos *cánibales de mentirijillas*. Godofredo, por el contrario, parecia estar más inquieto, ó por lo ménos tener más ansiedad; por cuya razon redobló sus precauciones al atravesar el espacio aquel en que no había árboles ni hierbas y si sólo arena.

Otra hora de marcha los condujo entónces á aquellas riberas en que sólo se veían arbustos muy pequeños, y en los que la hierba, más clara y pequeña, empezaba á resentirse de la proximidad del mar.

En estas condiciones era muy difícil ocultarse, á no ser que se anduviera arrastrando por el suelo.

Esto fué lo que hizo Godofredo, recomendando á Tartelet que hiciera lo mismo.

— ¡No hay ni un salvaje! ¡No hay ni un antropófago! Todos se han marchado á escape— exclamó el profesor.

— Los hay — respondió vivamente Godofredo en voz baja.— ¡Boca abajo, Tartelet, boca abajo!.... Allí deben estar; preparaos á disparar vuestra escopeta, pero no lo hagais hasta que yo os lo mande.

Godofredo pronunció estas palabras con tal acento de autoridad, que el profesor, sintiendo que se le doblaban las piernas, obedeció, sin tener necesidad de hacer ningun esfuerzo, porque naturalmente se encontró tendido boca abajo.

É hizo perfectamente, porque Godofredo había hablado con mucha razon y fundamento.

Desde el sitio que los dos ocupaban entónces, no se podía ver el litoral ni el recodo que formaba el rio al desembocar en el mar. En este recodo, bastante escarpado, se perdían las miradas á una dis-



Godofredo lanzó un grito.

tancia de cien pasos; pero por debajo de este horizonte cortado por los accidentes del terreno, se levantaba en el aire, en columna recta, un espeso humo.

Godofredo, tendido sobre la hierba, con el dedo en el gatillo de su escopeta, observaba el litoral.

—¿No sería ya este humo de la misma clase del que he visto ya dos veces? ¿Sería posible que esos mismos salvajes hubieran desembarcado en otras ocasiones, ya al Norte, ya al Sud de la isla, y que esas columnas de humo que yo he visto proviniesen de fuegos encendidos por ellos?..... Pero no; eso no es posible, puesto que nunca he podido encontrar ni cenizas, ni huellas de fogones, ni carbones apagados.... ¡Ah! ¡lo que es esta vez sabré á qué atenerme!

Y por medio de una hábil maniobra, que Tartelet

imitó del mejor modo posible, llegó sin levantar la cabeza más alta que las hierbas hasta colocarse en un ángulo del mismo recodo del río.

Desde allí podía observar cómodamente toda la parte de la orilla, hacia la cual se inclinaba el pequeño riachuelo.

Tuvo que ahogar un grito; su mano se crispó sobre la espalda de Tartelet, manifestándole que no hiciera movimiento alguno.... Era inútil avanzar más; Godofredo veía al fin todo aquello que había venido á ver.

Un gran fuego de leña encendida sobre la arena, en medio de las rocas más bajas, enviaba hacia arriba su penacho de humo. Al redor de aquel fuego, y atizándolo constantemente con nuevos pedazos de madera, de los que tenían allí un gran monton, iban y venían los salvajes que habían desembarcado la

víspera. Su piragua estaba amarrada á una gruesa piedra, y agitada por la marea, se balanceaba sobre las olas de la resaca.

Godofredo podia distinguir perfectamente todo cuanto pasaba en la playa, sin necesidad de valerse de su anteojo. No estaba ni áun á doscientos pasos del fuego, cuyo chisporroteo oía. Comprendió que no tenía que temer ninguna sorpresa por la espalda, puesto que estaban allí reunidos todos los negros que habia visto el día ántes en la canoa.

De los doce divisados por él, diez se ocupaban, unos en alimentar el fuego, y los otros en clavar estacas en tierra con la evidente intencion de preparar un asador á la moda polinesiana. El oncenno, que parecia ser el jefe, se paseaba sobre la arena, dirigiendo de cuando en cuando sus miradas hácia el interior de la isla, con recelo, y como temiendo que por alguna parte viniesen á atacarlos.

Godofredo reconoció sobre las espaldas de este salvaje la tela roja de su bandera, que habia elegido para adorno.

El duodécimo estaba tendido sobre el suelo, fuertemente amarrado á una de las estacas.

Godofredo comprendió al momento la suerte que le estaba reservada á aquel desgraciado. Aquel asador improvisado era para asarlo á él, y aquel fuego para realizar la operacion.... Tartelet habia acertado cuando calificó de caníbales á aquellas gentes.

Tenemos que convenir tambien en que tan poco se habia equivocado al decir que todas las aventuras de los Robinsones, verdaderos ó imaginarios, estaban calcadas las unas en las otras. Era seguro que Godofredo y él se encontraban en la misma situacion del héroe de Daniel de Foë, cuando los salvajes desembarcaron en su isla. Los dos iban, sin duda, á asistir á una escena parecida de canibalismo.

Godofredo, sin embargo, no estaba decidido á conducirse como el otro Robinson; ¡No! Se encontraba resuelto á no dejar asesinar al prisionero á quien esperaban los estómagos de aquellos antropófagos. Estaba bien armado; contaba con los cuatro tiros de las dos escopetas y con los doce tiros de los dos revólvers, y creia que eran suficientes para poner á raya á aquellas once fieras; teniendo en cuenta además, que sería muy posible que las detonaciones les hicieran huir. Tomada esta determinacion, esperó con una perfecta sangre fria el momento de caer sobre aquellos canallas con la celeridad del rayo.

No debia esperar mucho tiempo.

Apénas habian pasado veinte minutos, cuando el jefe se aproximó á la hoguera, la examinó, y en seguida señaló al prisionero con un gesto expresivo, dirigiéndose á los demas salvajes que esperaban sus órdenes.

Godofredo se levantó entónces, y Tartelet lo imitó sin darse cuenta de lo que hacia, puesto que su compañero no le habia hecho indicacion alguna sobre sus proyectos.

Godofredo habia calculado que los salvajes al verlo, harian un movimiento cualquiera, ya para huir con el objeto de reembarcarse, ya para lanzarse contra él.

Y en efecto, nada de esto pasó. Parecia como que no habia sido apercibido, y en aquel mismo momento, el jefe hizo un gesto mucho más expresivo. Tres de sus compañeros se dirigieron hácia el prisionero, lo desataron y lo obligaron á aproximarse á la hoguera.

Era un hombre jóven aún, que debia tener la conciencia del gran peligro que corria, puesto que procuraba resistirse. Parece que estaba decidido á vender cara su vida; empezó por rechazar á los salvajes que lo tenían sujeto, pero en seguida fué detenido y echado al suelo otra vez; y el jefe, agarrando con furia una hacha de piedra, se dirigió á él con el objeto de partirle la cabeza.

Godofredo lanzó un grito y disparó su escopeta. Una bala silbó en el aire, y, sin duda, debió haber herido mortalmente al jefe, porque cayó redondo al suelo.

Al ruido de la detonacion, los salvajes, sorprendidos como si fuera la primera vez que oían aquel estrépito, se detuvieron á la vista de Godofredo.

Entónces aquel pobre diablo se levantó y echó á correr hácia el sitio en donde habia aparecido aquel libertador inesperado.

En este mismo momento se oyó una segunda detonacion.

Era Tartelet, que al fin se habia decidido, y despues de cerrar los ojos, el buen hombre habia disparado, recibiendo al mismo tiempo sobre el carrillo derecho la bofetada más soberbia que habia recibido hasta entónces ningun maestro de baile.

Pero ¡lo qué es la casualidad! este segundo tiro hirió á otro salvaje que cayó al suelo cerca de su jefe.

Aquello se convirtió entónces en un desastre. Indudablemente los salvajes creyeron que se las habian con una numerosa tropa de indígenas, ó quizás se espantaron con los tiros y creyeron que sus enemigos disponian de la fuerza y del poder del rayo. Así es que recogieron con prisa á los dos heridos, y ni siquiera pensaron en resistir, sino en escapar con direccion á la canoa donde se reembarcaron, haciendo grandes esfuerzos por salir pronto de la pequeña embocadura del rio, y desplegando entónces la vela, tomaron el viento á su largo, deslizándose al rededor del promontorio de Flag-Point, que doblaron muy pronto.

Godofredo ni siquiera pensó en perseguirlos. Nada ganaba con herir á dos ó tres más; ya habia salvado al desgraciado que estaba á punto de perecer, y los habia hecho huir; y por lo tanto, estaba satisfecho. Todo aquello se habia realizado en tales condiciones que se podia asegurar que los caníbales no habian quedado con ganas de volver á la isla Fina. El asunto habia pasado del mejor modo posible, y á ellos no les quedaba otra cosa que hacer, sino gozar de una victoria en la que Tartelet decia que habia tenido una gran parte.

Durante este tiempo, el preso se habia repuesto completamente. Por un momento se habia retenido por el temor que le inspiraban aquellos seres superiores; pero en seguida salió á escape dirigiéndose hácia ellos, y cuando se encontró en su presencia se

inclinó hasta el suelo, y tomando un pié de Godofredo, se lo colocó sobre la cabeza en señal de servidumbre.

¡Era muy posible que aquel salvaje de la Polynesia hubiera leído también á *Robinson Crusoe*!

VI.

EN DONDE SE TRATA DE LA EDUCACION MORAL Y FÍSICA DE UN SENCILLO INDÍGENA DEL PACÍFICO.

Godofredo levantó en seguida del suelo á aquel pobre diablo, que habia permanecido prosternado, y lo examinó atentamente.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, cuyo vestido se reducía á un jiron de tela que le ceñía los riñones. En sus facciones, lo mismo que en la configuracion de la cabeza, se reconocia en él el tipo del negro africano. No era, pues, posible confundirlo con el tipo degenerado de las islas polynesianas, que por la depresion del cráneo y la extension de los brazos se parece tanto al mono.

Como no era posible que un negro de Sudan ó de Abisinia hubiese caido entre las manos de algunos indígenas del archipiélago del Pacifico, Godofredo trató de ver si hablaba alguno de los idiomas que él conocia; pero se convenció bien pronto que aquel desgraciado hablaba un idioma extraño, quizá el de los indígenas, en cuyo país sin duda se habia criado desde muy jóven.

Godofredo trató de hacerle comprender por signos que queria saber su nombre; y despues de muchos ensayos infructuosos, al fin el negro, que parecia inteligente, contestó esta sola palabra:

— ¡Carefinotu!

— ¡Carefinotu! — gritó Tartelet. — ¡Vaya un nombre! Yo propongo que se le bautice con el nombre de *Miércoles*, puesto que hoy es ese dia de la semana, y porque eso es lo que se acostumbra á hacer en las islas de los *Robinsones*. ¡Carefinotu!... ¿Quién demonios se atreve á usar ese nombre?

— Pero si es el suyo — replicó Godofredo — ¿qué motivos hay para privarle de él?

Y al decir esto sintió que una mano se apoyaba sobre su pecho, y advirtió que el negro manifestaba en sus gestos y en su fisonomía el deseo de saber cómo se llamaba él.

— ¡Godofredo! — le dijo éste.

El negro ensayó pronunciarlo, y á pesar de que Godofredo lo repitió diferentes veces, él no pudo decirlo sino de un modo casi ininteligible.

Despues se volvió hácia el profesor, como para preguntarle el suyo.

— ¡Tartelet! — dijo éste en un tono cariñoso.

— ¡Tartelet! — repitió Carefinotu.

Y era preciso que esa reunion de sílabas se acomodase convenientemente á la disposicion de las cuerdas vocales de su garganta, cuando lo pronunció clara y distintamente.

El profesor se manifestó halagado, y francamente, habia motivos para ello.

Entónces Godofredo, queriendo poner á prueba la intelieduça del negro, trató de que compren-

diese que él deseaba saber cuál era el nombre de aquella isla. Le señaló con la mano la reunion de árboles, de prados y de colinas, despues el litoral en que estaba todo encajado, y por último el horizonte del mar, y lo interrogó con la mirada.

Carefinotu, no comprendiendo inmediatamente lo que le preguntaba, imitó el gesto de Godofredo y dió una vuelta recorriendo con los ojos todo el espacio.

— ¡Arneka! — dijo al fin.

— ¿Arneka? — replicó Godofredo hiriendo el suelo con el pié, como para acentuar mejor su pregunta.

— ¡Arneka! — repitió el negro.

Aquello no enseñaba á Godofredo nada provechoso ni nuevo sobre el nombre geográfico que debia tener la isla, ni sobre su situacion en el Pacifico. Sus recuerdos no le señalaban aquel nombre ni ninguno parecido. Era, sin duda, una denominacion indígena, desconocida ciertamente para los geógrafos.

Carefinotu no cesaba de mirar á los dos blancos con algun asombro, yendo frecuentemente del uno al otro, así como si tratase de fijar las diferencias que los caracterizaban. Su boca sonreia siempre, enseñando dos hileras de magníficos dientes blancos y afilados, que Tartalet miraba con algun recelo.

— Si esos dientes no han mordido nunca la carne humana, quiero que mi violin estalle la primera vez que lo toque.

— En todo caso, Tartelet — respondió Godofredo — nuestro nuevo compañero no tiene el aire de degollarnos, asarnos y comernos.... y esto es lo principal.

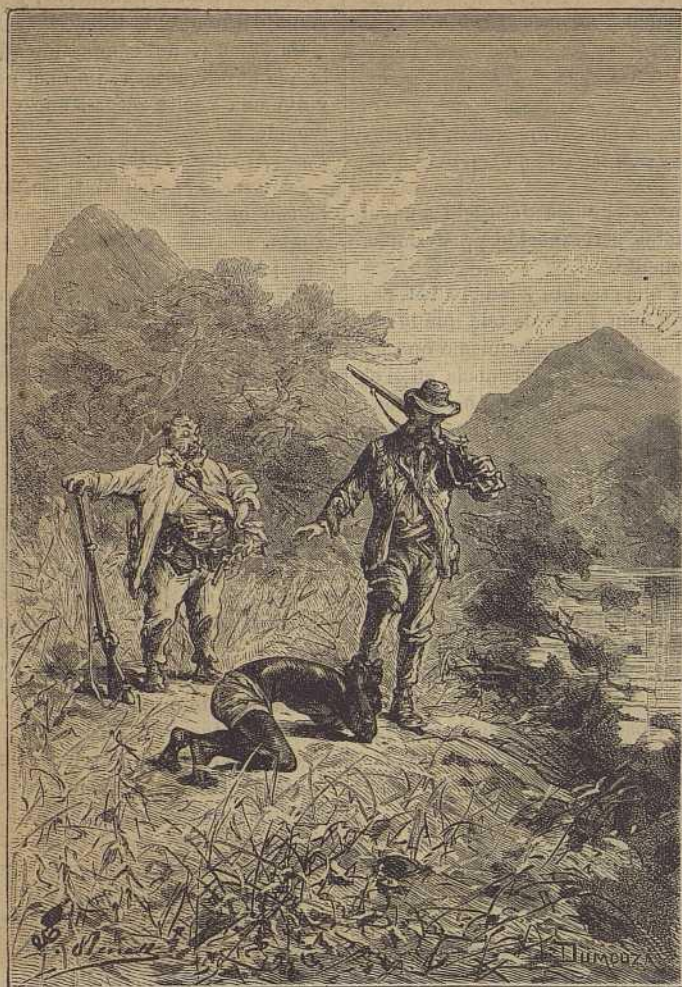
Lo que llamaba más la atencion de Carefinotu eran las armas que llevaban Godofredo y Tartelet, lo mismo las escopetas que apretaban en sus manos, como los revólvers que colgaban de sus cinturas.

Godofredo se apercibió de aquel sentimiento de curiosidad. Era evidente que el salvaje no habia visto jamas armas de fuego, y es muy posible que creyese que aquéllas habian venido de las nubes durante la última tempestad.

Godofredo trató de hacerle concebir una alta idea del poder de los blancos, y al efecto montó su escopeta, le señaló una codorniz que revoloteaba por la pradera á unos cincuenta pasos de él, apuntó y disparó: el pájaro cayó al suelo.

Al ruido de la detonacion, el negro dió un salto prodigioso, que Tartelet no pudo dejar de admirar bajo el punto de vista coreográfico. Dominando de repente su espanto, y viendo al volátil que con un ala rota se arrastraba por la hierba, dió Carefinotu otro salto, y con la rapidez de un perro de caza corrió hacia el pájaro, llegando junto á él en dos zancadas, y medio alegre, medio asustado, lo cogió y se lo trajo á su amo.

Tartelet tuvo entónces la idea de hacer comprender á Carefinotu que tambien él poseia la fuerza y el poder del rayo, y distinguiendo una arvela posada tranquilamente en un viejo tronco cerca del rio, le apuntó con su escopeta,



Se inclinó hasta el suelo.

— ¡No! — dijo vivamente Godofredo; — no tireis, Tartelet.

— ¿Y por qué?

— Porque si desgraciadamente errais el tiro, vamos á perder los dos mucho en la consideracion de este salvaje.

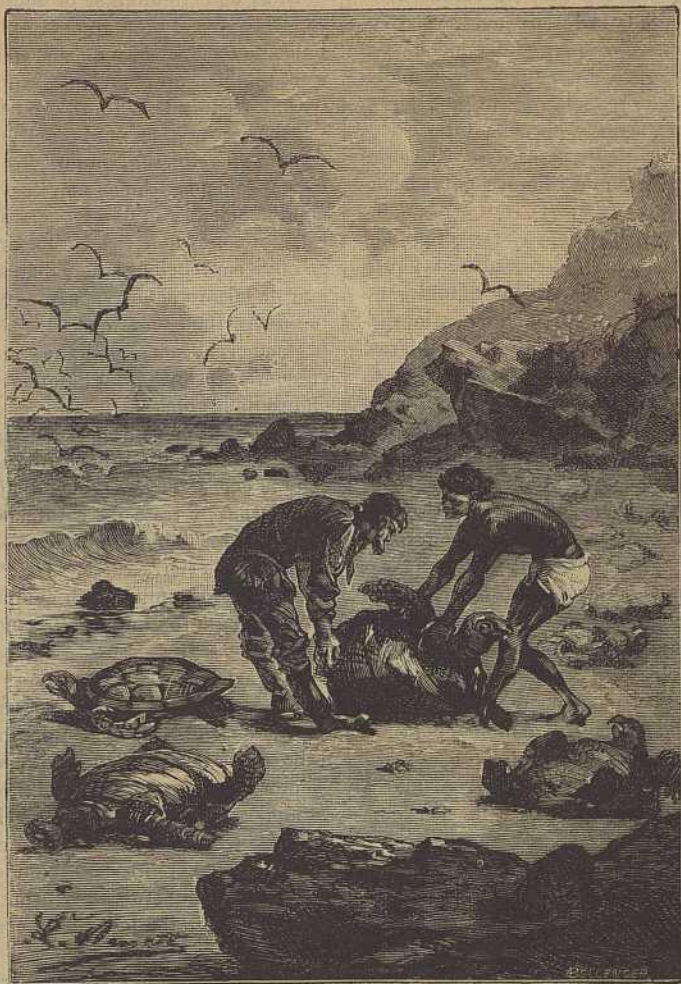
— ¿Y por qué habia yo de errar el tiro? — repitió Tartelet con cierta acritud. — ¿Pues qué, durante la batalla y á más de cien pasos, no le di en medio del pecho á aquel antropófago, á pesar de ser la primera vez que disparaba una escopeta?

— Lo habeis tocado evidentemente, puesto que cayó — dijo Godofredo; — pero, creedme, Tartelet, en interes de ambos conviene que no probeis otra vez fortuna.

El profesor se mostró un poco despechado, pero se dejó convencer sin embargo; se colocó su esco-

peta en bandolera, y ambos, seguidos de Carefinotu, tomaron el camino de Will-Tree.

Allí esperaban otras sorpresas al nuevo huésped. Sobre todo manifestó su admiracion al ver los útiles y la disposicion del menaje interior del abeto, tan convencionalmente arreglado. Fué necesario explicarle, usándolos á su vista, el destino de los instrumentos que habia allí. Habia que convenir en que Carefinotu habia vivido siempre entre salvajes, colocados en el último rango de la escala humana, porque hasta el hierro le era completamente desconocido. No comprendia que la marmita ó cazo no se encendiera poniéndolo sobre los carbones ardiendo, y se empeñaba en retirarlo del fuego con gran disgusto de Tartelet, que temia que con todas aquellas faenas se le echase á perder el caldo que tenía puesto á hervir.



El único medio es volverlas panza arriba.

Delante de un espejo que le presentaron, experimentó también un completo asombro; lo volvió y lo revolvió cien veces para ver si su propia persona estaba escondida detras de él.

—Este negrilla tiene menos inteligencia que un mono—exclamó el profesor haciendo un gesto desdenoso.

—No, Tartelet; es mucho más inteligente que un mono, puesto que busca por detras del espejo; y esto prueba un racionio de su parte, que no lo haria ningun animal irracional.

—Quiero concederos que no sea un mono—dijo Tartelet sacudiendo la cabeza con aire incrédulo—pero ya veremos; tal como es, puede sernos útil para alguna cosa.

—Estoy seguro de que nos servirá—replicó Godofredo.

Despues de todo, Carefinotu no se mostró muy

huraño ante los platos que se colocaron en la mesa para comer. Los olia primero, y los que le servian empezaba por probarlos con cierto melindre y concluia por engullírselos. Puede asegurarse que hizo honor á la parte que le destinaron para el almuerzo, sin perdonar nada: ni la sopa de agutí, ni la codorniz muerta por Godofredo, ni las costillas de carnero aderezadas con *camas* y *yamph* bastaron apenas para apaciguar su hambre.

—Veo que este pobre diablo tiene buen apetito—dijo Godofredo.

—Sí—respondió Tartelet—y no estará de más el estar prevenido por si se le despiertan sus instintos de canibal.

—No tengais miedo, Tartelet, que ya le haremos olvidar el gusto de la carne humana, si es que la ha probado alguna vez.

—No juraria que no—exclamó el profesor—y

lo malo es que cuando se tiene un vicio de esa clase....

Mientras que los dos hablaban de aquel modo, Corefinotu los escuchaba con una extremada atencion. En sus ojos brillaba la inteligencia, y se conocia que hubiera querido comprender lo que decian en su presencia. Á veces hablaba él tambien con mucha volubilidad; parecia que no hacia más que emitir sonidos sin sentido alguno; interjecciones chillonas donde dominaban las *aes* y las *ues*, como en la mayor parte de los idiomas polinesieses.

En fin, tal como era aquel negro, tan providencialmente salvado, era un nuevo compañero, y probablemente llegaria á ser un servidor humilde, un verdadero esclavo, que la casualidad más inesperada habia enviado á los huéspedes de Will-Tree. Era vigoroso, ágil y activo, y por lo tanto, dispuesto para todas las faenas. Tenia mucha aptitud para imitar lo que veia hacer, y usando del procedimiento práctico fué como Godofredo entabló su educacion. El cuidado de los animales domésticos, la recoleccion de raíces y de frutos, el destroz de los carneros y agutís, todo lo que debia servir para la alimentacion diaria, y la fabricacion de una especie de sidra que sacaban de la manzana, lo aprendió á arreglar perfectamente en cuanto lo vió hacer y se lo explicaron por señas.

Á pesar de los recelos de Tartelet, Godofredo no abrigó jamas ni la más pequeña desconfianza de este salvaje, y tenia la seguridad de no arrepentirse por ello. Lo que algunas veces le inquietaba era la idea de que los canibales pudiesen volver, ahora que ya debian conocer perfectamente la situacion de la isla Fina.

Desde el primer día se le arregló á Carefinotu en la cámara comun una cama; pero casi siempre, y á no ser que lloviera mucho, preferia dormir fuera, en el hueco de algun árbol, asi como para estar en mejor disposicion de velar por sus amos.

Durante los primeros quince dias que siguieron á su llegada á la isla, Carefinotu acompañó muchas veces á Godofredo cuando fué á cazar. Su sorpresa era siempre extremada cuando veia caer una pieza herida desde tanta distancia, y entónces hacia el oficio de perro con tal entusiasmo, tal audacia y tal decision, que jamas le detenia ningun obstáculo, ningunas malezas, ni el curso del rio para cumplir su propósito. Poco á poco Godofredo fué cobrándole un gran afecto, á pesar de no poderse comunicar completamente con él, porque cada dia era más refractario al empleo del idioma inglés. Por muchos esfuerzos que hacia, apenas pudo articular alguna que otra vez las palabras más usuales que Godofredo y Tartelet se empeñaban en hacerle pronunciar.

Así se pasaba el tiempo; pero si el presente era bastante soportable, gracias á una feliz reunion de circunstancias, si no los amenazaba ningun peligro inmediato, no por eso Godofredo dejaba de calcular todos los dias en los medios que podrian emplearse para volver á su patria y para volver á ver á su tío Will y á su prometida. Con un gran senti-

miento y una secreta aprension veia aproximarse el tiempo de las nieves y las lluvias, que podrian imposibilitar más la vuelta á su país.

El 27 de Setiembre se presentó una circunstancia especial, que si bien aumentó por lo pronto los trabajos de Godofredo y de sus compañeros, les aseguró tambien un abundante acopio de provisiones.

Godofredo y Carefinotu estaban ocupados en coger mariscos en la punta extrema de Dream Bay, cuando apercibieron, empujados por el viento, muchos pequeños islotes móviles que la marea creciente colocaba de una manera suave sobre el litoral. Era como una especie de archipiélago flotante en cuya superficie revoloteaban algunos pájaros de mar de largo vuelo, que son conocidos con el nombre de gavilanes marinos.

¿Qué eran, pues, aquellas masas que bogaban en conserva subiendo ó bajando, segun las ondulaciones de las olas?

Godofredo no sabia qué pensar de aquello, cuando vió que Carefinotu se arrojó al suelo boca abajo, echó la cabeza atras, replegó bajo él sus brazos y sus piernas, y trató de esforzarse para imitar los movimientos de un animal que se arrastra penosamente por la tierra.

Godofredo lo miraba sin comprender nada de esta extravagante gimnasia, cuando de repente exclamó:

— ¡Tortugas!

Y en efecto, Carefinotu no se habia engañado. Allí habia, sobre el espacio de una milla cuadrada, millones de tortugas que nadaban á flor de agua. Cien brazas ántes de llegar al litoral, la mayor parte de aquellos animalitos desaparecieron hundiéndose, y los gavilanes, á quienes faltó el punto de apoyo, se elevaron en el aire describiendo anchas espirales. Mas por fortuna, algunos centenares de aquellos anfibios se estrellaron sobre la costa y fueron arrojados sobre la arena.

Godofredo y el negro se lanzaron á correr por la playa tras de aquellas piezas marinas, que tenia cada una tres ó cuatro piés de diámetro. El único medio de impedir que las tortugas vuelvan á arrojarse á la mar es volverlas panza arriba, y á esta faena se dedicaron, consiguiendo su efecto despues de penosísimos trabajos.

En los dias siguientes se ocuparon de recoger todo aquel botin. La carne de tortuga, que es excelente, lo mismo fresca que conservada en sal, podia guardarse bajo las dos formas. Godofredo hizo salar la mayor parte, conservándola de modo que pudiera servir para las necesidades cotidianas; así es que durante muchos dias despues siempre hubo que comer sopa de tortuga, con la que no era solo en regalarse el profesor Tartelet.

Este incidente fué el único que turbó por entónces la monotonía de la vida de los naufragos. Todos los dias se ocupaban las mismas horas en los mismos trabajos; y empezaron á prever la tristeza que pasarian cuando el mal tiempo les obligase á permanecer encerrados en Will Tree.

Esperando acontecimientos nuevos, Godofredo continuaba explorando en la isla Fina. Dedicaba á

la caza todo el tiempo que no tenía que emplear en otras cosas más apremiantes, y las más veces Carefinotu lo acompañaba, mientras que Tartelet se quedaba en la habitación..... Decididamente no le había tomado afición á la caza, á pesar de que su primer tiro había sido un golpe maestro.

Durante una de estas excursiones de Godofredo se produjo un incidente inesperado, que hizo temer mucho para el porvenir por la seguridad de los huéspedes de Will-Tree.

Godofredo y el negro habían ido á cazar al gran bosque central al pié de la colina que formaba el caparazon principal de la isla Fina. En toda la mañana no habían visto pasar más que dos ó tres antílopes sobre las árboles más altos, y á tanta distancia, que era imposible tirarlos con probabilidad de alcanzarlos.

Como Godofredo, que no había salido en busca de caza menuda, no quería tirar solo por divertirse, se decidió á volverse de vacío, sintiendo no haber podido tirar á los antílopes, no por la carne, sino por la piel de estos animales, de la que él pensaba hacer un uso conveniente.

Eran ya las tres de la tarde. Él y su compañero habían almorzado en el bosque y pasado algunas horas de entretenimiento buscando caza, y se dispusieron á tomar la dirección de Will-Tree para estar allí ántes de la hora de comer.

En el momento de franquear la orilla del bosque Carefinotu dió un salto, y en seguida se precipitó sobre Godofredo, lo empujó por las espaldas, y lo empujó con tal vigor, que á éste le fué imposible resistirlo.

Veinte pasos más lejos Godofredo se detuvo para tomar aliento, y volviéndose hácia Carefinotu, le interrogó con la mirada.

El negro, muy asustado, le señaló con la mano extendida un animal que estaba inmóvil á unos cincuenta pasos de distancia.

Era un oso gris, cuyas patas abrazaban el tronco de un árbol, y que meneaba de alto á bajo su gruesa cabeza como significando la intencion de arrojarle sobre los dos cazadores.

Al verlo, sin tomarse tiempo para reflexionar, Godofredo montó su escopeta é hizo fuego ántes de que Carefinotu pudiera estorbárselo.

¿Fué herido el enorme plantigrado? Es probable. ¿Estaría muerto? No se podía asegurar; pero es lo cierto que sus patas se desprendieron del tronco y rodó al pié del árbol.

No había para qué detenerse. Una lucha directa con tan formidable animal hubiera podido tener funestísimos resultados. Es sabido que en los bosques de California, el ataque de los osos grises hace correr los más terribles peligros hasta á los cazadores de oficio.

Así es que el negro, que debía tener conciencia de lo que era aquella fiera, agarró por un brazo á Godofredo y lo arrastró rápidamente hácia Will-Tree. Godofredo, comprendiendo á lo que se exponía si no sabía ser prudente, se dejó conducir.

VII.

DE CÓMO LA SITUACION, COMPROMETIDA YA GRAVEMENTE, SE COMPLICA MÁS Y MÁS.

Hay que convenir en que la presencia de una fiera formidable en la isla Fina era un acontecimiento capaz de preocupar hasta el más alto grado á los que la mala fortuna había reunido en ella.

Godofredo no creyó deber ocultar á Tartelet lo que acababa de pasar, y, francamente, no sabemos decir si anduvo en esto acertado.

— ¡Un oso! — gritó Tartelet mirando á su alrededor con espanto y como si las cercanías de Will-Tree estuviesen ya asaltadas por una banda de fieras de aquella especie. — ¿Y cómo es eso? ¡Hasta ahora no había habido osos en nuestra isla! Habiendo uno es muy posible que haya muchos, y ademas un gran número de otras fieras feroces, como panteras, jaguares, tigres, hienas, leones....

Tartelet veía ya á la isla Fina entregada á todos los animales feroces conocidos y por conocer.

Godofredo le contestó que no había necesidad de exagerar las cosas. Era cierto que él había visto un oso, y como no había visto ántes ni huellas de animales de esta clase en las excursiones que había hecho por los bosques de la isla, no se podía comprender lo que era verdaderamente inexplicable. Pero de esto á deducir que las fieras de todas clases pululaban ahora por todas partes, en los bosques y en los prados, había mucha distancia.

— Sin embargo — añadió — conviene que seamos prudentes y que no salgamos sino muy bien armados.

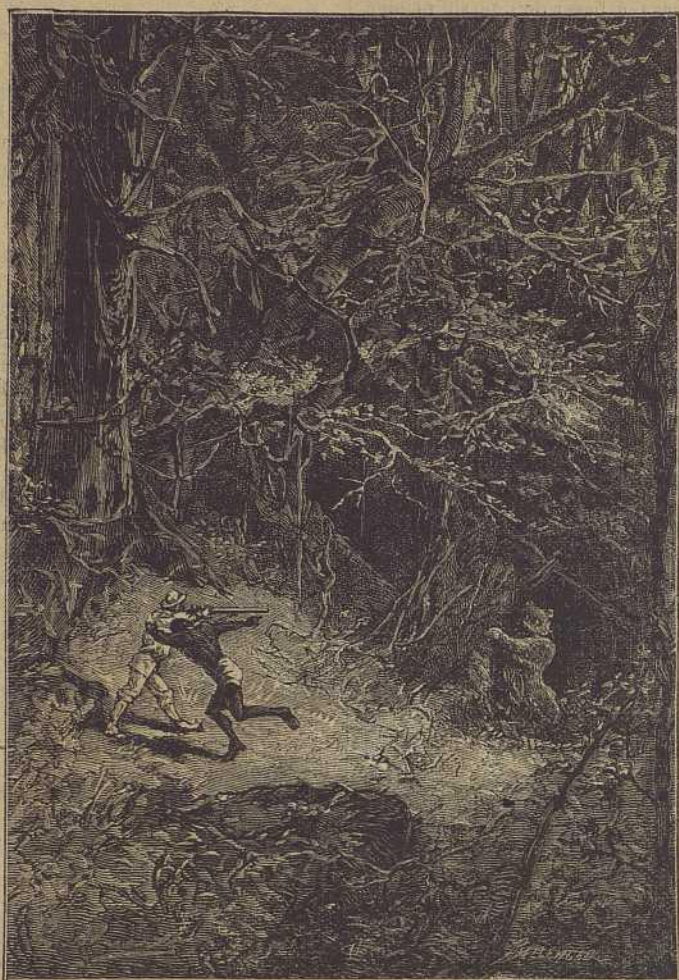
¡Desgraciado Tartelet! Desde este día empieza para él una existencia de inquietudes, de emociones, de sustos y de espantos que le aumentará hasta un grado máximo la nostalgia del país natal.

— No — repetía él sin cesar; — si aquí hay bestias feroces, el negocio es ya insostenible, y yo pido que nos marchemos cuanto ántes.

Para realizar esta marcha no faltaba más que poder hacerla.

Godofredo y sus compañeros acordaron desde luego prepararse para todas las eventualidades. Podían ser atacados, no sólo por el litoral y las praderas, sino hasta en el mismo grupo de abetos. En prevision de esto, se tomaron varias medidas para poner aquel refugio al abrigo de una agresion súbita. La puerta se reforzó sólidamente, de modo que pudiera resistir á las garras de una fiera. Godofredo trató de construir un establo para encerrar en él, aunque sólo fuera por la noche, á los animales domésticos; pero encontró para ello dificultades que por lo pronto no pudo vencer, por lo que se limitó á contenerlos en los límites de Will-Tree, en una especie de cercado hecho de espeso ramaje, de donde no pudieran salir. Este cercado no pudo hacerse tan sólido y tan elevado como se necesitaba para que no pudiera escalarlo una pantera ó derribarlo un oso.

Carefinotu, á pesar de las instancias de Godofredo, continuaba velando por fuera durante la noche,



Era un oso gris.

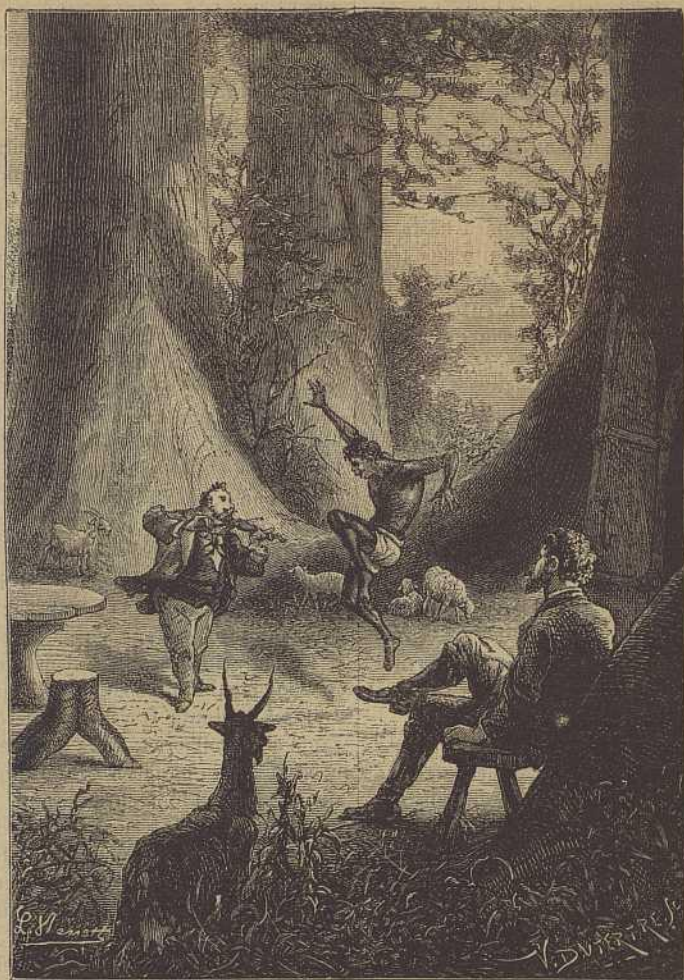
por lo que era difícil que hubiese un ataque directo é imprevisto. Es cierto que al constituirse en guardián nocturno de Will-Tree, el negro se exponía mucho; pero él había comprendido que de ese modo hacía un servicio á sus amos, y persistió, á pesar de la oposición de Godofredo.

Así se pasó una semana sin que ninguno de los fieros vecinos se apareciera por las cercanías. Godofredo procuraba no apartarse de la habitación sino cuando tenía absoluta necesidad de ello; y mientras que los carneros, las cabras y los demás animales pastaban en la próxima pradera, procuraba no perderlos de vista. Muchas veces Carefinotu hacía el oficio de pastor; no iba armado de escopeta porque parecía que aún no había podido aprender el manejo de las armas de fuego; pero sí se había colgado á la cintura un cuchillo de caza, y llevaba

además una buena hacha en su mano derecha, con lo que el vigoroso negro estaba dispuesto á luchar con un tigre ó con cualquier otro animal de la peor especie.

Sin embargo, como ni el oso ni ningún otro animal fiero habían vuelto á aparecer, Godofredo empezó á tranquilizarse y volvió á emprender poco á poco sus paseos de exploración y sus partidas de caza por el interior de la isla. Durante el tiempo que empleaba en estas excursiones, cuando el negro le acompañaba, Tartelet se quedaba bien encerrado en Will-Tree, y creemos que no se hubiera atrevido á salir de su escondite ni aún para dar una lección de baile.

Algunas veces Godofredo salía solo, y el profesor entonces tenía un compañero á cuya instrucción quería consagrarse de todos modos.



¡ Qué saltos, qué contorsiones

Y, en efecto, Tartelet tuvo primero el propósito de enseñar á Carefinotu las palabras más usuales de la lengua inglesa; pero tuvo que renunciar á aquel trabajo, porque parece ser que el negro tenía el aparato fonético mal conformado para aquellas pronunciaciones.

— Pues entónces — se había dicho Tartelet — puesto que no puedo ser su profesor, seré su discípulo.

Y se dedicó con la mayor asiduidad á aprender el idioma que hablaba Carefinotu.

Godofredo trató de hacerle comprender que aquello no podía serle de gran utilidad; pero Tartelet no quiso desistir de su empeño, y procuró ingeniarse para hacer entender á Carefinotu que debía nombrar en su lenguaje los objetos que él le señalara con la mano.

SEGUNDA PARTE.

Y hay que convenir en que el discípulo Tartelet tenía grandes disposiciones, porque al cabo de quince días había aprendido quince palabras. Sabía ya que Carefinotu decía *birsi* para designar el fuego, *aradú* para nombrar el cielo, *mervira* para citar el mar, *dura* para designar un árbol, etc. Estaba tan orgulloso como si hubiera obtenido un primer premio de polynésiano en un gran concurso.

Á fuer de agradecido, quiso pagar á su maestro sus lecciones, y se le ocurrió al efecto inculcar á Carefinotu las buenas maneras y los sanos principios de la coreografía europea.

Á pesar de todas sus preocupaciones, Godofredo no podía prescindir de reirse de corazón con semejante ocurrencia. Después de todo, con aquello se pasaba el tiempo, y en los domingos, cuando se acababan las faenas del día, asistía con gusto á pre-

senciar las lecciones del célebre profesor Tartelet de San Francisco.

Y verdaderamente la escena tenía que ver. El desgraciado Carefinotu sudaba pez y tinta para amoldarse á los ejercicios elementarios del baile. Era dócil y estaba lleno de buena voluntad; pero, sin embargo, como todos sus semejantes, tenía las espaldas arqueadas, el vientre abultado, las rodillas torcidas hácia adentro y los piés tambien. ¡Y vayan ustedes á hacer un Vestris ó un San Leon de un salvaje fabricado de aquella manera!

Quizás por estas mismas dificultades insuperables, el profesor llegaba en sus prescripciones hasta la rabia, y Carefinotu sufría pacientemente sus tormentos, demostrando un admirable celo. Nadie es capaz de imaginarse lo que el pobre sufriría sólo para colocar los piés en *primera*. Y nada queremos decir de sus apuros para pasar á la *segunda* posicion y luego á la *tercera*.

—Pero observa bien lo que yo hago —gritaba Tartelet, que unia siempre el ejemplo á la explicacion. — ¡Hácia afuera los piés!..... ¡Más hácia afuera aún!..... ¡La punta de éste hácia el talon de aquél!..... ¡Abre las rodillas, tunante!..... ¡Endereza las espaldas, belitre!..... ¡La cabeza, derecha!..... ¡Los brazos, doblados!.....

— ¡Pero si le pedis lo imposible! —decia Godofredo.

— ¡Nada es imposible para el hombre inteligente! —respondia siempre Tartelet.

— Mas si su configuracion no se presta.....

— Pues bien, ella se prestará. Es necesario que de todos modos se preste, y más tarde este salvaje me deberá el saberse presentar convenientemente en un salon.

— ¡Pero, Tartelet, si jamas, jamas tendrá ocasion este desdichado de presentarse en un salon!

— ¿Y qué sabeis vos, Godofredo? — respondia el profesor empuñándose sobre las puntas de sus piés. — ¡El poverin está siempre oculto entre nieblas!

Y ésta era la frase final con que Tartelet cerraba todas sus discusiones.

Y en seguida tomaba su violin, empuñaba su arco y tocaba algunos aires ásperos que hacian las delicias de Carefinotu. No habia que hacer otra cosa que excitarlo un poco con aquella música, y en seguida, sin pensar en las reglas coreográficas, se hacia pedazos moviéndose. ¡Qué saltos, qué contorsiones, qué cabriolas!

Y Tartelet, soñador siempre, viendo á aquel hijo de la Polynesia moverse de aquel modo, se preguntaba si aquellos *pasos*, tal vez demasiado caracterizados, no eran naturales en el sér humano, aunque estuviesen fuera de todas las reglas del arte.

Pero dejáremos á un lado al maestro de baile con sus filosóficas meditaciones, y volveremos á acontecimientos más prácticos y más oportunos.

Durante sus últimas excursiones, ya en los bosques, ya en los prados, ya estando solo, ya yendo acompañado de Carefinotu, Godofredo no habia encontrado ninguna otra liebre. No habia podido ver ni aun las huellas de ninguna de ellas. Tampoco habia hallado ningun rastro en las márgenes del rio,

adonde indudablemente debian acudir á beber y á refrescarse. No habia sonado por ningun lado ni un aullido ni un rugido, y sobre todo, los animales domésticos no habian manifestado la más leve inquietud ni el más pequeño recelo.

— Esto es singular —se decia algunas veces Godofredo; —y sin embargo, no hay que decir que me he engañado, ni Carefinotu tampoco. Indudablemente era un oso aquel que me enseñó y contra el que disparé mi escopeta. Y admitiendo que lo maté, ¿habia de ser aquel oso el último representante de la familia de los plantígrados que hubiese en la isla?

Y en efecto, esto era inexplicable. Por lo pronto, habiendo matado aquel oso, debiera haber encontrado su cuerpo en el sitio donde cayó herido. Y no habia sucedido así, en vano lo habia buscado por todos aquellos alrededores. Podia haber acontecido que el animal, herido mortalmente, hubiera ido á morir lejos de allí, en el fondo de alguna gruta; esto era posible, pero entónces debió haber encontrado en el sitio donde lo hirió, y en el camino que debió tomar, un rastro de sangre, y nada, absolutamente nada de esto habia visto.

— De todos modos —concluia diciendo siempre Godofredo — en resúmen, poco importa eso, y no quiero calentarme más la cabeza; lo que sí haré es estar muy vigilante.

En los primeros dias del mes de Noviembre comenzó el mal tiempo en aquella latitud desconocida. Lluvias bastante frescas caian todos los dias durante algunas horas, y era de creer que muy pronto sobrevendrian aguaceros interminables, de esos que no cesan ni un momento durante seis semanas enteras, y que caracterizan el periodo lluvioso del invierno en la altura de aquel paralelo.

Al ver esto, Godofredo se ocupó sériamente en la instalacion de un fogon en el interior mismo de Will-Tree, fogon indispensable que serviria para calentar la habitacion durante el invierno y para poder guisar al abrigo de la lluvia y del viento.

El establecer el fogon en cualquiera esquina de aquella cámara, colocando al efecto grandes piedras, unas de canto y otras planas, era cosa fácil. La dificultad estaba en echar el humo fuera por otra parte que no fuese el tubo que conducia hasta las altas ramas por el interior del árbol.

Godofredo tuvo entónces la idea de emplear para hacer un tubo algunos de aquellos largos y gruesos bambús que crecian en varios puntos de las orillas del rio.

Heimos de convenir en que en esta ocasion fué bien secundado por Carefinotu. Despues de algunos esfuerzos, el negro comprendió al fin lo que Godofredo queria hacer, y lo acompañó á elegir los bambús más gruesos, y á buscar y preparar las piedras para montar el fogon. Los bambús fueron despojados de su tuétano, y despues de ahuecados convenientemente y cortados por el nacimiento de sus nudos, se ajustaron unos en otros, y se formó un tubo de suficiente tamaño para que pudiera salir por la corteza del abeto. Se preparó tambien de modo que el fuego no tocara á la punta de abajo para que

el bambú no se quemase; y en poco tiempo Godofredo tuvo la satisfaccion de poder encender un buen fuego en el interior de Will-Tree, sin que el recinto se llenase de humo.

Pronto se convenció de que habia estado muy acertado en proceder á aquella instalacion, y mucho más aún en apresurarse á hacerla.

Del 3 al 10 de Noviembre la lluvia no cesó de caer torrencialmente, y era completamente imposible mantener el fuego encendido al aire libre. Durante estos tristes días fué necesario encerrarse en la habitacion, de donde no salieron sino poquitas veces para atender á las necesidades urgentes del rebaño y del gallinero.

Sucedió durante este tiempo que se consumió toda la reserva de las raíces de *camas*, cuya falta era muy sensible, puesto que les servia para el pan diario.

Godofredo anunció entónces á Tartelet que en el momento en que el tiempo mejorase, aunque sólo fuese por algunas horas, saldria con Carefinotu á recolectar *camas*, y que él, que no parecia muy dispuesto á recorrer por medio de un prado medio anegado las dos millas que habia que andar, se encargaria de guardar la casa durante la ausencia de ellos.

Por la tarde de aquel día, que era el 10 de Noviembre, el cielo empezó á despejarse de los gruesos nubarrones que el viento de Oeste habia acumulado desde principios del mes; la lluvia cesó poco á poco, y el sol lanzó algunos resplandores crepusculares sobre la copa de los árboles. Todo esto hizo presumir que el día siguiente seria más apacible y ofreceria ocasiones que era necesario aprovechar.

—Mañana —dijo Godofredo—saldré temprano con Carefinotu.

—¡Estamos de acuerdo!—contestó Tartelet.

Despues de comer, y viendo que la noche estaba tambien despejada, y que lucian algunas estrellas, el negro quiso dormir fuera, en el sitio que tenia costumbre de hacerlo, y el que habia abandonado en las noches últimas de grandes lluvias. Godofredo intentó hacerle comprender que valia más que permaneciese en la habitacion, puesto que no habia habido ningun incidente que exigiese aquel exceso de vigilancia. Ninguna fiera se habia vuelto á presentar ni habia ningun indicio que enunciara un ataque contra Will-Tree. Carefinotu se aferró á su idea, y fué necesario permitirle que la realizase.

La mañana siguiente amaneció algo despejada, segun lo habia anunciado Godofredo, y así es que cuando salió de Will-Tree, á eso de las siete, los primeros rayos del sol doraban ya ligeramente la espesa bóveda de los abetos.

Carefinotu estaba en su sitio, donde habia pasado la noche, y allí esperaba á Godofredo. Los dos, bien armados y provistos de grandes sacos, se despidieron de Tartelet y se dirigieron al rio para subir por la orilla izquierda, hasta llegar á los arbustos de *camas*.

Una hora despues habian llegado al sitio sin haber tenido ningun mal encuentro.

Con rapidez se arrancaron todas las raíces necesarias para llenar los dos sacos, pero á pesar de todo

tardaron tres horas en la operacion; así es que ya eran cerca de las once de la mañana cuando volvieron á tomar el camino de Will-Tree.

Marchaban el uno cerca del otro, entreteniéndose en mirar hácia todos lados, puesto que no podian hablar, y así llegaron á un recodo del riachuelo sobre el cual se mecian las ramas de los altos árboles que habia en la una y en la otra orilla, cuando de repente se detuvo Godofredo.

Esta vez fué él el que señaló á Carefinotu un animal inmóvil, que estaba acurrucado al pié de un árbol, y cuyos dos ojos proyectaban entónces un brillo singular.

—¡Un tigre!—gritó con espanto.

Y en efecto, no se engañaba. Era verdaderamente un tigre de gran talla, que estaba apoyado sobre sus patas traseras, arañando con sus garras el tronco del árbol y en disposicion de lanzarse sobre una presa cualquiera. En un abrir y cerrar de ojos Godofredo habia dejado caer al suelo su saco de raíces, se habia armado con su escopeta, la habia montado y habia disparado.

—¡Hurra! ¡hurra!—exclamó en seguida, porque comprendió que habia tocado al tigre, que sintiéndose herido, habia dado un salto hácia atras. Pero quizás la herida no seria mortal, y excitado por el dolor volveria para atacar con más furia.

Godofredo habia vuelto á montar su escopeta y estaba dispuesto á disparar el segundo tiro; pero ántes que pudiera hacerlo, Carefinotu se habia precipitado hácia el sitio en que habia desaparecido el tigre, empuñando su cuchillo de caza.

Godofredo le gritó para que se detuviese y volviera, pero fué en vano, porque el negro, decidido á acabar con el animal, que no debia estar más que herido, no le oyó ó no quiso oírle.

Entónces Godofredo se decidió á seguirle; y cuando llegó á la orilla del riachuelo, vió á Carefinotu abrazado con el tigre, al que habia agarrado por el cuello, empeñado en una lucha espantosa que concluyó en seguida con una horrible puñalada que el negro le dió al tigre en medio del corazon.

El tigre rodó hasta el rio, cuyas aguas, aumentadas con las últimas lluvias, lo arrastraron con la celeridad de un torrente. El cadáver del animal flotó un instante sobre la superficie y despues fué violentamente empujado hácia el mar.

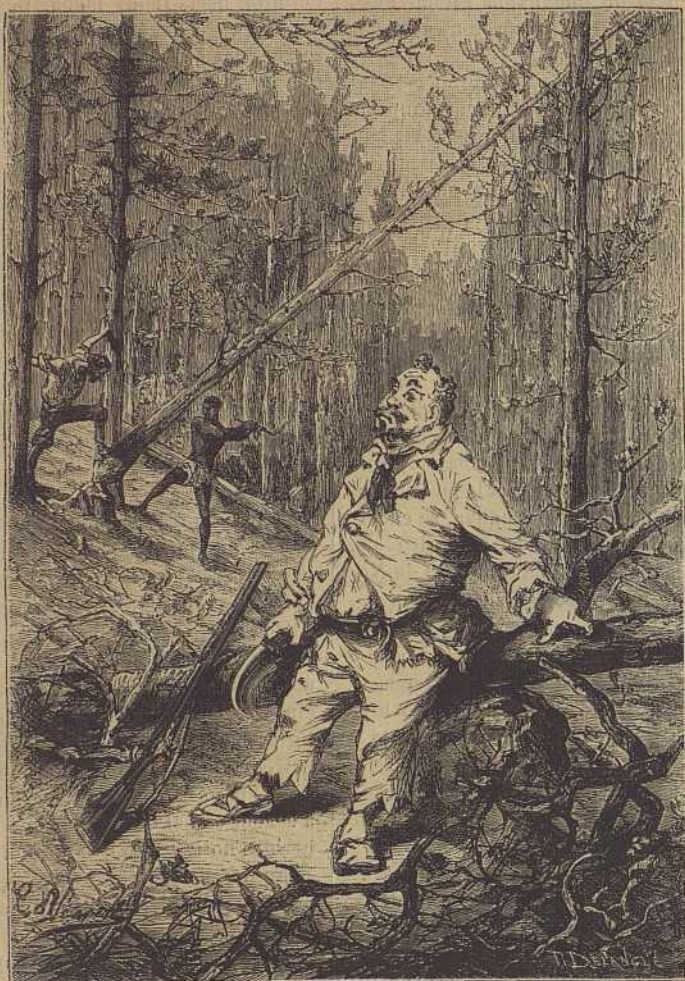
¡Un oso! ¡un tigre! Ya no era posible dudar de que en la isla se albergaban fieras de todas clases.

El negro no habia recibido en la lucha más que algunos ligeros arañazos. Despues que Godofredo se enteró bien de esto, ambos volvieron á emprender la marcha hácia Will-Tree, recelosos sobre las eventualidades que les reservaba el porvenir.

VIII.

EN EL QUE TARTELET REPITE EN TODOS LOS TONOS QUE Á TODO TRANCE QUIERE MARCHARSE DE LA ISLA.

Cuando Tartelet se enteró de que en la isla habia, no solamente osos, sino tambien tigres, sus lamen-



Lo que yo quiero es irme de aquí.

taciones no tuvieron término. Ya no habría quien le hiciera salir del interior del abeto; y lo peor era que no cesaba de pensar que al fin y al cabo las fieras encontrarían el camino de Will-Tree. De ningún modo se creía seguro; y en su espanto pedía para defensa fortificaciones, murallas de piedra con fosos y contrafosos y baluartes y cortinas y bastiones y reductos que protegieran el grupo de abetos. Y después de pedir esto pedía, como último recurso, el salir huyendo de la isla.

—Lo que yo quiero es irme—decía muy serio.

—Y yo también—contestaba sencillamente Godofredo.

Y en efecto, las condiciones en que hasta entonces habían vivido los huéspedes de la isla Finano eran ya las mismas. Luchar contra las privaciones, luchar para acudir á las necesidades de la vida, ha-

bían podido hacerlo con ventajas, gracias á felices combinaciones. Para librarse del mal tiempo y para precaverse del frío y de la intemperie, hubieran también encontrado recursos; pero defenderse de animales feroces que podían atacarlos á cada instante, era otra cosa, y realmente les faltaban los medios para ello.

Su situación, ya bastante complicada, había llegado á ser muy grave, y estaba en camino de hacerse insostenible.

—¿Pero—repetía Godofredo sin cesar—cómo es que en el espacio de cuatro meses no hemos visto un solo animal dañino en la isla, y ahora en los últimos quince días hemos tenido ya que luchar contra un oso y un tigre? ¿Qué significa esto?

El hecho podía ser inexplicable; pero, por desgracia, había que reconocer que era real y efectivo.



Todo fué inútil.

Godofredo, cuyo valor y sangre fría aumentaban más, cuanto mayores eran los peligros, no se dejó abatir, pero calculó muy seriamente en las medidas que había que adoptar para defenderse.

Estas medidas fueron objeto de serias meditaciones y discusiones.

Desde luego se decidió que solamente en los casos indispensables, y para acudir á las necesidades de la vida material, se hicieran excursiones al litoral y á los bosques, yendo siempre bien armados y prevenidos.

—Hasta ahora hemos tenido buena suerte en dos encuentros — decia con frecuencia Godofredo; — pero no sabemos si en otros por el estilo nos sucederá lo mismo. Es preciso, pues, no exponernos sin una absoluta necesidad.

Creyó ademas que, despues de economizar las

excursiones, era preciso, indispensable, proteger y defender á Will-Tree y á sus inmediaciones, y sobre todo el gallinero y el establo, á fin de evitar los daños que las fieras pudieran causar en los animales domésticos.

En esta atencion pensó, si no fortificar á Will-Tree, segun los famosos planes de Tartelet, al ménos enlazar entre ellos los cuatro ó cinco abetos que lo rodeaban. Si podia conseguir fabricar una sólida y alta empalizada ligándola de uno á otro tronco, se podria estar relativamente seguro, ó cuando ménos, al abrigo de un golpe de sorpresa.

Despues de examinarlo todo bien y detenidamente, Godofredo comprendió que aquello era practible, por más que fuese penoso y trabajoso de realizar. Reduciéndola todo lo posible, habia, sin embargo, que elevar esta empalizada sobre un perí-

metro de trescientos piés por lo ménos, y, por lo tanto, eran innumerables los árboles que había que cortar, arreglar y preparar si el recinto había de estar convenientemente cerrado.

Godofredo no se acobardó ante todas las dificultades que se presentaban. Participó todos sus proyectos á Tartelet, que los aprobó, prometiendo para su realización un concurso activo, y además se obligó á hacer comprender el plan á Carefinotu para que les ayudase.

En seguida se pusieron á la obra.

Había cerca de un recodo del río, y á ménos de una milla de la subida de Will-Tree, un pequeño bosque de pinos marinos de medianas dimensiones, cuyos troncos, por su configuración, podían servir de planchas ó tablonés, sin necesidad de cuadrarlos, y con ellos era fácil levantar y cerrar la empalizada.

A este bosque acudieron á la mañana siguiente, día 12 de Noviembre, al despuntar el alba, Godofredo y sus dos compañeros, bien armados y caminando con la mayor prudencia.

— Estas expediciones no me hacen maldita la gracia — murmuraba Tartelet, á quien todos aquellos incidentes lo ponían desesperado. — Lo que yo quiero es irme de aquí.

Godofredo no se tomaba el trabajo de contestarle. En aquellas circunstancias no había para qué consultar sus gustos; ni aún siquiera se creía necesario acudir á su inteligencia; lo que hacía falta era la ayuda de sus brazos, y que se resignase á hacer el papel de mulo de carga.

Ningun mal encuentro hubo en todos aquellos paseos de una milla que separaba Will-Tree del pequeño bosque. En vano registraron con cuidado todos los sotos y todo el prado desde uno á otro horizonte; los animales domésticos, á los que se dejaba pastar como ántes, no daban señales de espanto, y los pájaros revoloteaban alegremente como siempre sin manifestar inquietud alguna.

Los trabajos empezaron en seguida. Godofredo dispuso que no se hiciese el acarreo sino después que estuviesen cortados todos los árboles que necesitaban. Se trabajaba con más seguridad y tranquilidad estando todos juntos.

Carefinotu les prestó grandes servicios en todas estas duras faenas. Se había hecho muy hábil en el manejo del hacha y de la sierra, y su vigor le permitía seguir trabajando cuando Godofredo necesitaba tomar algun descanso y cuando Tartelet, con las manos destrozadas y los miembros molidos, no tenía fuerzas ni aún para sostener su pequeño violín.

Y sin embargo, al desgraciado maestro de baile, transformado en leñador, Godofredo le había reservado la parte ménos fatigosa de aquella tarea, esto es, el mondaie de las pequeñas ramas. Y con todo, y aunque sólo le hubieran pagado medio duro cada día por su jornal, es seguro que habría robado las cuatro quintas partes del salario.

En los seis días que medían desde el 12 al 17 de Noviembre no se interrumpieron ni uno solo los trabajos. Por la mañana, al despuntar el alba, se

trasladaban al bosque, llevando lo que les había de servir para el almuerzo, y no volvían á Will-Tree hasta que se aproximaba la hora de comer. El cielo no estaba siempre despejado; con frecuencia se acumulaban en él gruesas nubes, lo que hacía que durante el día tuviesen diferentes alternativas de sol y de lluvias. Mientras caían los chaparrones, los leñadores se guarecían del mejor modo posible bajo los árboles, y en seguida que el agua pasaba, continuaban su interrumpido trabajo.

El día 18 estaban ya cortados todos los árboles, y yacían en el suelo esperando su acarreo á Will-Tree.

Mientras duró la corta, ninguna fiera había aparecido en las cercanías del río. Por muy inverosímil que pareciera la idea, muchas veces se preguntaban si no habría quedado ya ninguno de aquellos animales; si el oso y el tigre que habían encontrado no serían los últimos de su especie que había en la isla.

De todos modos, Godofredo no quiso abandonar el proyecto de levantar una sólida empalizada que los defendiera de un golpe de mano de los salvajes y de un golpe de patas de los osos y de los tigres. Por lo pronto, lo más difícil estaba hecho, puesto que ya no faltaba más que conducir las maderas y colocarlas.

Decimos que estaba hecho lo más difícil, pues aunque el arrastre y el acarreo de los árboles parecía ofrecer también penalidades, trató de aminorarlas Godofredo utilizando al efecto la corriente del río, que la crecida ocasionada por las últimas lluvias hacía muy rápida. Se formarían trenes ó balsas que irían tranquilamente hasta la altura del grupo de abetos que el riachuelo atravesaba oblicuamente, y allí, la barrera formada por el pequeño puente los detendría con facilidad. Desde este último punto hasta Will-Tree apenas habría veinticinco pasos.

Si alguno se demostró estrepitosamente satisfecho de un procedimiento que iba á permitirles volver á adquirir su calidad de hombres tan desgraciadamente comprometida, fué el profesor Tartelet.

El mismo día 18 se establecieron los primeros trenes flotantes, que bajaron sin accidente alguno hasta la misma barrera. En ménos de tres días, el 20 por la tarde, todos los árboles cortados habían llegado á su destino.

Á la mañana siguiente, los primeros troncos, hundidos en el suelo hasta una profundidad de dos piés, comenzaron á colocarse de modo que ligáran los principales abetos que rodeaban á Will-Tree. Una armadura de fuertes y flexibles ramas se aseguraba en sus puntas aguzadas con el hacha, asegurando así la solidez del conjunto.

Godofredo veía con extrema satisfacción cómo adelantaba este trabajo y se apenaba por concluirlo.

— Cuando la empalizada esté concluida del todo — le decía á Tartelet — entónces será cuando podremos decir que estamos verdaderamente en nuestra casa.

— Verdaderamente en nuestra casa — contestó el profesor con un tono seco — no estaremos sino cuan-

do nos encontremos en la calle de Montgomery, en nuestras cámaras del hotel Kolderop.

Esta opinión era indiscutible.

El día 26 de Noviembre la empalizada estaba concluida en sus tres cuartas partes, comprendiendo entre los árboles ligados aquel cuyo tronco servía de gallinero. Godofredo tenía la intención de arreglar también un establo en otro próximo.

Quedarían tres días de trabajo para que la cerca estuviese completamente terminada, y ya no había que hacer más sino arreglar una puerta sólida que asegurase la entrada de Will-Tree.

Pero en la siguiente mañana, 27 de Noviembre, aquel trabajo fué interrumpido por un incidente que conviene relatar con minuciosos detalles, porque pertenece á las cosas inexplicables que acontecían en la isla Fina.

Á eso de las ocho de la mañana, Carefinotu, que se había deslizado por el tubo interior del árbol para tapar herméticamente la salida á fin de impedir que penetrasen la lluvia y el frío, lanzó un grito especial.

Godofredo, que trabajaba en la empalizada, levantó la cabeza, y apercibió al negro, cuyos gestos significativos le avisaban que acudiese allí sin tardanza.

Godofredo comprendió que Carefinotu no le avisaría sin tener un motivo serio para ello, por lo que tomó su anteojo, y en seguida se elevó por el tubo, saliendo por el agujero superior y encontrándose sobre una de las ramas más gruesas del árbol.

Carefinotu, dirigiendo entonces su brazo hacia el semicírculo que formaba la isla Fina por el Nordeste, le llamó la atención sobre un vapor que se elevaba en el aire como un largo penacho.

— ¡Otra vez! — exclamó Godofredo.

Y dirigiendo su anteojo al punto indicado, pudo convencerse de que esta vez no había equivocación posible que aquello era verdaderamente humo, y que debía proceder de una hoguera importante, puesto que le apercibía perfectamente á una distancia de cerca de cinco millas.

Godofredo se volvió al negro y vió que éste expresaba en sus miradas una gran sorpresa, la cual la traducía también en gestos y en exclamaciones. Era evidente que estaba tan sorprendido como Godofredo de aquella aparición.

Desde luego se observó que no había en toda la extensión que podía divisarse ni un buque, ni una embarcación indígena, ni nada que indicase que recientemente se había hecho un desembarco en el litoral.

— ¡Ah! Esta vez yo sabré descubrir el fuego que produce ese humo — dijo Godofredo.

Y señalando el ángulo nordeste de la isla, y después la parte inferior de los abetos, manifestó por señas á Carefinotu que quería trasladarse á aquel punto sin perder un instante.

Carefinotu lo comprendió, y además manifestó su aprobación con una señal de cabeza.

— ¡Sí! — se dijo Godofredo. — Si hay allí un ser humano, es necesario averiguar quién es y de dónde ha venido, y saber además por qué se oculta. Nuestra seguridad está interesada en ello.

Un momento después los dos habían descendido al pie de Will-Tree. Godofredo enteró á Tartelet de lo que había visto y de lo que pensaba hacer, y le propuso que los acompañase hasta el norte del litoral.

Un viaje de una docena de millas no era cosa para tentar á un hombre que consideraba sus piernas como la parte más preciosa de su individuo, destinadas á un noble ejercicio. Así es que indicó que prefería esperar en Will-Tree.

— Pues bien, iremos solos — dijo Godofredo; — pero no nos esperéis hasta muy tarde.

En seguida Carefinotu y él prepararon algunas provisiones para almorzar en el camino, y partieron después de despedirse del profesor, cuya opinión personal era que uada encontrarían, y que se fatigarían en balde.

Godofredo llevaba su escopeta y su revólver, y el negro el hacha y el cuchillo de caza, que había llegado á ser su arma favorita. Atravesaron el puentecito que habían hecho, y se encontraron en la orilla derecha del río; después atravesaron el prado y se dirigieron hacia la punta del litoral, donde se veía el humo elevarse entre las rocas.

Era en un sitio más al Este que donde Godofredo había buscado inútilmente cuando su segunda exploración.

Los dos marchaban rápidamente, no sin observar si el camino estaba seguro, y si las malezas y los arbustos ocultaban algún animal cuyo ataque fuese temible.

No tuvieron ningún mal encuentro.

Al mediodía almorzaron á escape, y luego se trasladaron al primer grupo de rocas que adornan la costa. No había ya más que seguir una dirección rectilínea para llegar al punto deseado.

Apresuraron su marcha, pero tomando más precauciones con el objeto de sorprender y no exponerse á ser sorprendidos.

Dos minutos después el humo se disipó, así como si la hoguera hubiese sido súbitamente apagada.

Pero Godofredo había señalado con precisión el sitio de donde salía el humo; era de una roca de forma extravagante, una especie de pirámide rota, muy fácil de hallar. Se la enseñó á su compañero y marchó á ella derecho.

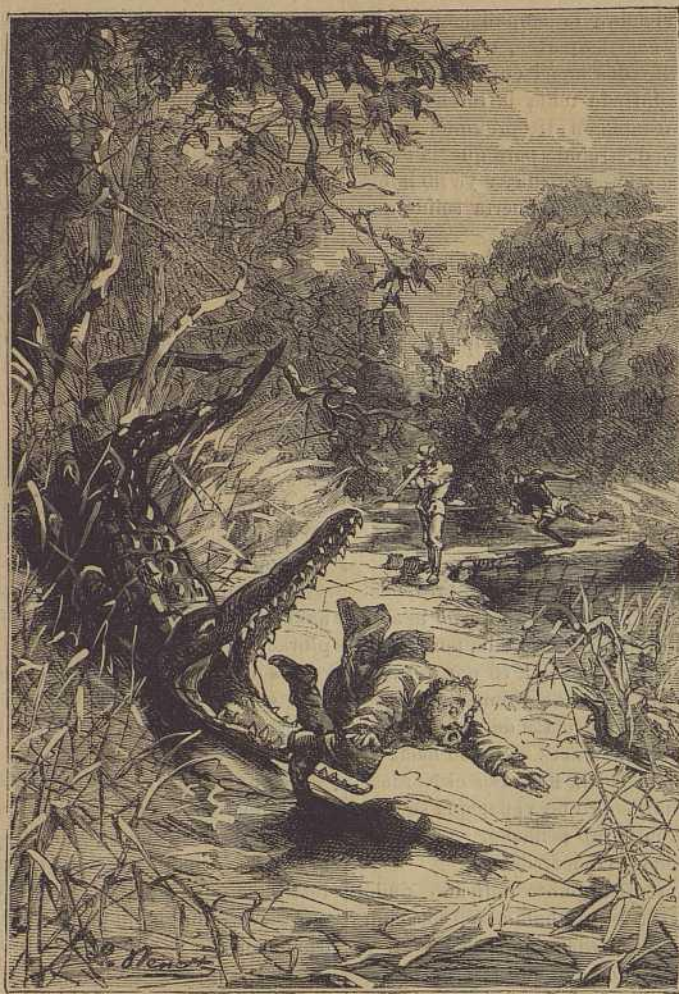
El cuarto de milla que faltaba fué rápidamente atravesado; después escalaron el último grupo de rocas, y Godofredo y Carefinotu se encontraron sobre la arena á menos de cincuenta pasos de la roca marcada.

Corrieron á ella.... ¡Nadie!.... Pero esta vez, un fuego apenas apagado de carbones medio calcinados probaba claramente que había habido una hoguera en aquel sitio.

— ¡Aquí había alguno! — grito Godofredo. — Alguno que se ha marchado hace muy poco, y es necesario saber....

¡Llamó!.... nadie contestó. Carefinotu lanzó un grito que resonó muy lejos; nadie pareció.

Los dos se dedicaron á explorar las rocas vecinas buscando una caverna, una gruta que pudiera servir de abrigo á un naufrago ó á un indígena.



De pronto tropezó y cayó.

Todo fué inútil; por más que registraron hasta los más pequeños recodos del litoral, no encontraron nada que marcara la huella del pasaje de ningún hombre.

—Y sin embargo—repetía Godofredo—no era el humo que pudiera exhalar un manantial de agua caliente, como me figuré la otra vez. Era el humo de un fuego de leña y de hierbas, y este fuego no puede haberse encendido solo.

En vano siguieron buscando durante mucho tiempo. Al fin, á eso de las dos, Godofredo y Carefinotu, inquietos y desconcertados por no haber podido descubrir cosa alguna, volvieron á tomar el camino de Will-Tree.

No era de extrañar que Godofredo emprendiese el camino pensativo y preocupado. Iba pensando que parecía que su isla se había colocado bajo el poder de un genio maléfico. La reaparición de aquel

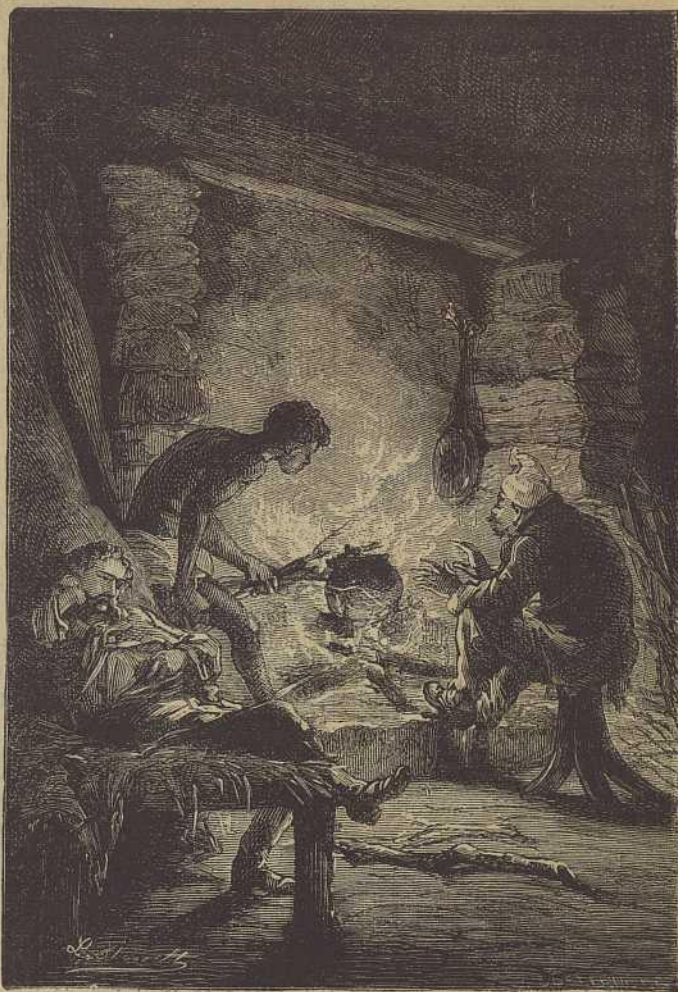
humo, la presencia de las fieras, todo aquello revelaba una complicación extraordinaria.

Y más debía confirmarse en esta idea, cuando una hora después de haber entrado en la pradera, oyó un ruido sospechoso, una especie de campanilleo seco.... Carefinotu lo separó con violencia en el momento en que una culebra que se arrastraba por la hierba iba á lanzarse sobre él.

—¡Serpientes ahora! ¡Serpientes en la isla, después de los osos y los tigres!—gritó Godofredo.

Y en efecto, era uno de esos reptiles que no se pueden equivocar con ningún otro por el ruido que hacen cuando huyen; una serpiente de cascabel de la más venenosa especie; un gigante de la familia de las culebras.

Carefinotu se había interpuesto entre Godofredo y el reptil, que no tardó en desaparecer entre una espesa maleza.



Así se pasó el triste y sombrío mes de Diciembre.

Pero el negro la persiguió con encarnizamiento; le aplastó la cabeza de un hachazo y la partió por medio del cuerpo. Cuando Godofredo lo alcanzó los dos pedazos de la serpiente se agitaban en el suelo ensangrentados.

Después encontraron otras serpientes no menos dañinas, en gran número, y culebreando por toda la parte del prado que el riachuelo separaba de Will-Tree.

Aquella era una invasión de reptiles que se había verificado de repente. La isla Fina había llegado á ser rival de aquella isla de la antigüedad, que se hizo célebre por su profusión de serpientes, y que dió su nombre á la víbora.

—¡Vamos, vamos!— gritó Godofredo haciendo señas á Carefinotu de apresurar el paso.

Estaba inquieto. Tristes presentimientos le agitaban sin poder desecharlos.

Bajo su influencia apresuraba cada vez más su vuelta á Will-Tree.

Y cuando se aproximó al puente que habían fabricado sobre el río, se le heló la sangre en las venas.

Gritos de espanto resonaban hacia el grupo de abetos, y se oía pedir socorro con un acento de terror indefinible.

—¡Es Tartelet!— exclamó Godofredo. —¡El infeliz ha sido atacado! ¡Pronto, acudamos pronto á salvarle!

Atravesaron el puente, y á veinte pasos de distancia apercibieron á Tartelet que corría con toda la celeridad de sus piernas.

Un enorme cocodrilo que había salido del riachuelo lo perseguía con las mandíbulas abiertas. El pobre hombre, aturdido, loco de terror, en lugar de correr á derecha y á izquierda, huía en línea rec-

ta, que era el modo seguro de ser alcanzado. De pronto tropezó y cayó.... ¡Estaba irremisiblemente perdido!

Godofredo se detuvo. En presencia de aquel inminente peligro su sangre fría no le abandonó un instante. Se echó la escopeta á la cara y apuntó al cocodrilo por encima del ojo.

La bala, bien dirigida, hirió al monstruo, que dió un salto de costado y cayó al suelo sin movimiento.

Carefinotu se lanzó entonces sobre Tartelet y lo levantó. Tartelet estaba desvanecido de miedo; pero ¡qué miedo!....

Eran las seis de la tarde, y un instante despues, Godofredo y sus dos compañeros entraban en Will-Tree.

¡Qué amargas reflexiones debieron hacer durante la comida! ¡Qué largas horas de insomnio se preparaban para aquellos huéspedes de la isla Fina, contra los cuales se encarnizaba ahora la mala fortuna!

El profesor en sus angustias repetía en todos los tonos, que de todos modos quería marcharse de la isla.

IX.

QUE TERMINA CON UNA REFLEXION SORPRENDENTE DEL NEGRO CAREFINOTU.

La estacion del invierno, tan dura en estas latitudes, habia llegado por fin. Los primeros frios se sentian ya, y era preciso prevenirse contra el extremado rigor de la temperatura. Godofredo tuvo ocasion de alegrarse por haber establecido un fagon interior, y ademas veia con gusto y satisfaccion terminada la empalizada, en la que una sólida puerta evitaba ahora la entrada en el recinto.

Durante las seis semanas que siguieron, es decir, hasta mediados de Diciembre, hubo dias malísimos en los cuales no era posible salir del interior del árbol. Se experimentaron borrascas terribles que conmovian hasta en sus cimientos todos los abetos del grupo, y que sembraron el suelo de ramas desgajadas de los árboles, de las que se hizo un abundante acopio para las necesidades del fagon.

Los huéspedes de Will-Tree utilizaron entonces todas las piezas de abrigo que contenia el baul, particularmente cuando tuvieron que hacer alguna excursion indispensable; pero el tiempo llegó á ser tan execrable que hasta esto se hizo imposible.

Se abandonó por completo la caza, y la nieve cayó bien pronto con tal violencia, que algunas veces se creia Godofredo que se encontraba en los parajes inhospitalarios del Océano polar.

Se sabe, en efecto, que la América septentrional, combatida por los vientos del Norte, que ningun obstáculo interrumpe, es uno de los países más frios del globo. El invierno tiene ademas la circunstancia de ser en esos puntos bastante largo, puesto que llega hasta más allá del mes de Abril, y es preciso tomar precauciones excepcionales para poder luchar contra él. Esto hacia pensar que la isla Fina estaba situada á mucha más altura en latitud de la que Godofredo habia creido,

De ahí la necesidad de preparar el interior de Will-Tree lo más confortablemente posible; y aun así eran insoportables el frio y las lluvias. Las reservas de boca iban haciéndose insuficientes; la carne de tortuga conservada se iba consumiendo y apurando poco á poco; muchas veces fué necesario sacrificar algunas cabezas del ganado que poseian, de carneros, cabras ó agutís, que por cierto no se habian aumentado mucho desde que llegaron á la isla.

Con estas nuevas pruebas ¡qué pensamientos más tristes asaltaban el espíritu de Godofredo!

Tambien aconteció que durante quince dias estuvo gravemente abatido por una fiebre intensa. Sin la pequeña farmacia del baul que les procuró las drogas necesarias para curarse, quizás no hubiera podido restablecerse. Tartelet era poco apto para dispensarle los cuidados que necesitó durante su enfermedad, pero Carefinotu, en cambio, velaba por él con un esmero tal, que no se cansaba de repetir que le debía su curacion.

Pero mientras duraron aquellos penosos dias, ¡cuántos recuerdos y cuántos pesares asaltaron su espíritu! Á nadie podia culpar más que á él mismo de aquella situacion á la que no le veia el fin. ¡Cuántas veces, en su delirio, llamaba á Fina, á la que no creia volver á ver más, y á su tio Will, del que se consideraba separado para siempre!.... ¡Ah! ¡Con cuánta fuerza combatia en su imaginacion aquella existencia de Robinsones de que sus ilusiones de niño habian formado un ideal! Ahora que luchaba con la realidad, se arrepentia de ellas, y se affigia pensando que jamas podria volver al hogar doméstico.

Así se pasó el triste y sombrío mes de Diciembre; y hasta los últimos dias de dicho mes no pudo Godofredo empezar á recobrar algunas fuerzas.

Tartelet, por gracia especial sin duda, gozaba de una salud excelente; pero eran para oírse sus incasantes lamentaciones y sus jeremiadas sin fin.... Como en la gruta de Calipso despues de la partida de Ulises, en Will-Tree no resonaban ya sus cantos, es decir, los de su violin, cuyas cuerdas habia inutilizado el frio casi por completo.

Una de las principales preocupaciones de Godofredo, al mismo tiempo que la de la aparicion de los animales dañinos, consistia en el temor de que volviesen los salvajes en gran número ahora que ya conocian la situacion de la isla Fina. Contra la agresion de aquellos indígenas de poco podia servir la empalizada que habian levantado.

Calculándolo todo, se comprendió que en todos los casos el refugio que ofrecia el alto ramaje del abeto que les servia de guarida era el más seguro, y determinaron, por lo tanto, hacer la subida menos difícil. Siempre se podria defender con comodidad el estrecho agujero en que terminaba el tubo por el cual era indispensable pasar para llegar á la cima del tronco.

Con la ayuda de Carefinotu pudo al fin Godofredo establecer una escala, fabricada con una larga cuerda vegetal, que permitiese un ascenso rápido y cómodo.

Cuando el trabajo estuvo terminado, Godofredo le dijo sonriéndose á Tartelet;

—Ya tenemos dos casas; una abajo en la ciudad y otra de recreo en lo alto, en el campo.

—Á las dos preferiría una cueva, con tal que se hallase situada en la calle de Montgomery....

Llegó Noel y con él aquel *Cristmas* (1) tan festejado en todos los Estados Unidos de América. Ese día de Año Nuevo tan lleno de recuerdos de la infancia, se presentó oscuro, lluvioso, sombrío y frío; augurando un año que comenzaba bajo bien tristes auspicios.

Entónces se cumplieron seis meses desde que los naufragos del *Dream* estaban incomunicados con el resto del mundo.

El principio de año no era, pues, muy dichoso, y hacía presumir que Godofredo y sus compañeros iban á ser sometidos á pruebas aún más crueles que las que hasta entónces habían sufrido.

La nieve no cesó de caer hasta el día 18, y aquel día fué necesario dejar á los animales que fuesen á pastar, porque allí donde estaban cercados les escaseaba el alimento.

La noche se presentó muy húmeda y muy fría, y desde la caída de la tarde la isla estaba toda envuelta en una imponente oscuridad.

Todos tres se hallaban tendidos sobre sus colchones en el interior de Will-Tree, procurando en vano dormirse. Godofredo trató de distraerse hojeando, á la luz indecisa de una rama resinosa, algunas páginas de la Biblia.

Á eso de las diez, un ruido lejano, que se aproximaba poco á poco, se hizo oír hácia la parte norte de la isla.

No había lugar á dudas; eran las fieras que rodeaban las cercanías, y para que no hubiera ni esperanzas, en seguida se distinguieron los bramidos del tigre y de la hiena y los rugidos del león y de la pantera, que se confundían unos con otros produciendo un formidable concierto.

Godofredo, Tartelet y el negro saltaron de sus camas, presos de una indescriptible angustia. Ante aquella inexplicable invasión de animales feroces, Carefinotu participó del espanto de sus compañeros, y se conoció además que había sido verdaderamente sorprendido.

Durante dos mortales horas, todos tres estuvieron en acecho. Los rugidos resonaban cada vez más próximos; despues cesaban de repente, así como si la manada de fieras no conociese el país que recorría y se detuviese para orientarse. Quizás por este motivo Will-Tree se libraba de una agresión.

—Á pesar de eso —pensaba Godofredo— si no nos apresuramos á destruir hasta el último de estos animales dañinos, no habrá en la isla seguridad posible para nosotros.

Poco despues de media noche los rugidos se reprodujeron con más fuerza y á menor distancia. Ya no era posible dudar de que la horrible banda se aproximaba á Will-Tree.

Y en efecto, ésa era la verdad. Pero.... ¿de dónde procedían aquellos feroces animales? No era de creer que hubiesen desembarcado recientemente en

la isla Fina; había que convenir en que existían allí ántes de la llegada de Godofredo y Tartelet.

Mas en este caso, el jóven no se explicaba cómo toda una manada de fieras de aquella especie había podido ocultarse hasta el punto de no haber encontrado un rastro ni huella alguna de ellas en sus excursiones y en sus partidas de caza, ya á través de los bosques del centro, ya llegando hasta los sitios más apartados del sud de la isla. ¿Dónde estaba la misteriosa guarida que acababa de vomitar todos aquellos leones, hienas, panteras y tigres? Entre todo lo que les había acontecido, nada era tan inexplicable como esto.

Carefinotu no podía creer aquello mismo que veía y oía; su asombro había llegado hasta el último límite. Á la llama de la hoguera que ardía en el interior de Will-Tree, se hubiera podido divisar sobre la máscara negra de su fisonomía los más extraños gestos.

Tartelet, acurrucado en un rincón, gemía, se lamentaba, gruñía, deseaba interrogar á Godofredo sobre todo lo que pasaba, pero Godofredo no estaba de humor para contestarle. Tenía el presentimiento de que corrían un gran peligro, y estaba preocupado calculando los medios de salvarse.

Dos ó tres veces Carefinotu y él avanzaron hasta en medio del recinto para asegurarse si la puerta de entrada estaba sólidamente asegurada por dentro.

De repente, toda una avalancha de animales avanzó atropelladamente y con gran estrépito hácia el lado de Will-Tree.

Eran los carneros, cabras y agutís, que, llenos de espanto con los rugidos de las fieras, y presintiendo su aproximación, abandonaban los sitios donde pastaban y acudían á guarecerse detras de la empalizada.

—Es necesario abrir—gritó Godofredo.

Carefinotu movió la cabeza de alto abajo; no había necesidad de que hablasen la misma lengua para entenderse.

La puerta fué abierta, y todo el rebaño espantado se precipitó por ella dentro del recinto.

Pero en este mismo instante, y á través de la entrada que se había facilitado, apareció una especie de hoguera de ojos que relucían de una manera horrible en medio de aquella oscuridad, que el ramaje de los abetos hacía más espesa aún.

Ya no era posible volver á cerrar la puerta de la empalizada.

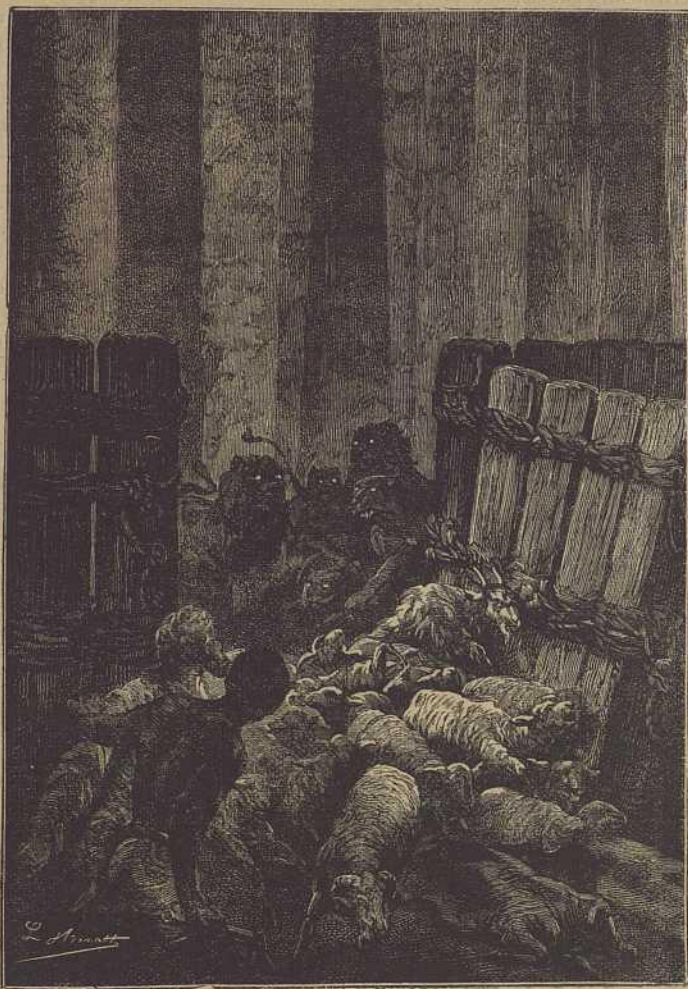
Arrojarse sobre Godofredo, cargar con él á su pesar, lanzarlo dentro de la habitación, cuya puerta retiró bruscamente, y entrar él en seguida fueron operaciones que las realizó Carefinotu en ménos tiempo del que dura un relámpago.

Nuevos rugidos indicaron que algunas fieras acababan de atravesar la puerta de la empalizada.

Entónces, á todos aquellos horribles rugidos se mezcló todo un concierto de balidos y de quejidos y de gruñidos de terror y espanto. El rebaño doméstico, cogido allí como en una trampa, había caído entre las garras de los asaltantes.

Godofredo y Carefinotu, que se habían colocado en las dos pequeñas ventanas abiertas en el corazon

(1) Estas son las fiestas de Pascua y de Año Nuevo.



Todo el rebaño espantado se precipitó dentro del recinto.

del árbol, trataron de divisar lo que pasaba en medio de las tinieblas.

Evidentemente las fieras, que no podían distinguirse de qué clase eran, se habían arrojado sobre el rebaño y habían empezado la matanza.

En este momento Tartelet, en un acceso de terror ciego, se apoderó de una de las escopetas y quiso tirar á la ventura por el hueco de una de las ventanas.

Godofredo lo detuvo, diciéndole:

—No; no tireis, porque en semejante oscuridad no es fácil aprovechar ningún disparo; y no hay necesidad de gastar en vano nuestras municiones. Esperemos á que sea de día.

Y tenía razón al decir esto. Las balas podrían herir lo mismo á las fieras que á los animales domésticos, con más probabilidad á éstos, porque eran más numerosos. El salvarlos era ya completamente

imposible; pero era probable que, sacrificados éstos, las fieras, hartas ya, se retirasen ántes de salir el sol. Se calcularía entónces lo que había necesidad de hacer para evitar una nueva agresión.

Más valía también que mientras durase la oscuridad de la noche se procurase ocultar á aquellos animales la presencia de seres humanos, que tal vez quisieran ellos preferir á las bestias. Además, que quizás se podría evitar de ese modo un ataque directo contra Will-Tree.

Como Tartelet era incapaz de comprender un razonamiento de ese género, ni ninguno otro que se le pareciera, Godofredo se limitó á quitarle la escopeta. El profesor se arrojó entónces sobre la cama maldiciendo los viajes, los viajeros y los maniáticos que no pueden permanecer tranquilos en el hogar doméstico.

Sus dos compañeros continuaban observando en



Empezaron á salir tiros de aquellas troneras.

las ventanas. Desde allí asistían, sin poder intervenir, á la horrible carnicería que se efectuaba á la sombra. Los gritos de los carneros y de las cabras disminuían poco á poco, ya porque se aminoraban notablemente por ser muchos los muertos, ó ya porque algunos otros se habrían escapado y huían fuera de la empalizada, donde indudablemente les aguardaba una muerte no ménos segura. Esto era desde luego una pérdida irreparable para la pequeña colonia; pero Godofredo no quería preocuparse en aquellos críticos momentos del porvenir. El presente era demasiado grave para absorber todos sus pensamientos.

Nada podía hacerse, nada podía intentarse para impedir aquella obra de destrucción.

Serían poco más de las once de la noche cuando cesaron por un momento los aullidos de rabia.

Carefinotu y Godofredo seguían observando, y en

aquellos momentos les pareció ver atravesar grandes sombras por el recinto, y en seguida sintieron nuevos ruidos de pisadas.

Evidentemente otras fieras que se habían retrasado acudían en aquel momento, atraídas por el olor á sangre que impregnaba el aire en los alrededores de Will-Tree. Todas aquellas alimañas iban y venían y daban vueltas al rededor del árbol, haciendo oír sordos rugidos de cólera. Algunas de aquellas sombras saltaban sobre el suelo, imitando á los gatos: se conocía que el rebafío que habían devorado no había sido bastante para contentar su rabia y su apetito.

Godofredo y sus compañeros continuaban guardando un silencio profundo, con la esperanza de pasar desapercibidos y evitar así una agresión directa.

Una circunstancia desgraciada reveló repentinamente su presencia y los expuso á mayores peligros

Tartelet, atacado de una verdadera alucinación, se había levantado de pronto, había agarrado un revólver, y ántes que Godofredo y Carefinotu pudieran estorbárselo, sin saber indudablemente lo que hacía, y creyendo quizás que algún tigre se dirigía á atacarlo, había disparado. La bala atravesó la puerta de Will Tree.

— ¡Desgraciado! — exclamó Godofredo arrojándose sobre Tartelet, á quien el negro había ya desarmado.

Pero era tarde. Las fieras se habían apercibido y contestaron desde fuera con rugidos formidables. Se oyó en seguida rascar en la corteza del abeto, y se sintieron terribles sacudidas dadas en la puerta, que era demasiado endeble para resistir semejante ataque.

— ¡Defendámonos! — gritó Godofredo.

Y con su escopeta en la mano y su cartuchera en la cintura volvió á colocarse en una de las ventanas.

Con gran sorpresa suya, Carefinotu hizo lo mismo. Si, el negro había empuñado la otra escopeta, una arma que jamás había manejado hasta entonces, llenando sus bolsillos de cartuchos, y colocándose en seguida en la otra ventana.

Entonces empezaron á salir tiros de aquellas dos troneras. Al resplandor de los disparos, Godofredo por un lado y Carefinotu por otro pudieron ver los enemigos á quienes tenían que combatir.

Allí, en el recinto, bramando de rabia, contestando con feroces rugidos á cada una de las detonaciones, rodando algunos á quienes alcanzaba alguna bala, saltaban leones, tigres, hienas y panteras, llegando á veinte entre todos. Á sus rugidos, que retumbaban á lo lejos, iban sin duda á acudir otras fieras. Á veces se escuchaban bramidos muy lejanos que se aproximaban á los alrededores de Will-Tree.

Había para creer que la isla había sido invadida por un ejército de animales feroces.

Sin preocuparse de Tartelet, que sabían que para poco ó nada bueno podía servirles, Godofredo y Carefinotu procuraban conservar toda su sangre fría, y no disparar sino cuando tenían probabilidades de herir. No queriendo perder ni un cartucho, esperaban que pasase una sombra y entonces tiraban, contestando siempre un rugido de dolor á estos disparos.

Al cabo de un cuarto de hora hubo como una especie de tregua. Las fieras suspendieron un ataque en el que habían sido heridas varias de ellas, y quizás esperaban el día para empezar de nuevo su agresión en condiciones más favorables.

Sin embargo de esto, ni Godofredo ni Carefinotu habían querido abandonar sus puestos. El negro se había servido de su escopeta desplegando tanta habilidad como Godofredo, cuando ménos. Si aquello había sido sólo por instinto de imitación, había que convenir en que era sorprendente.

Á las dos de la madrugada hubo una nueva alarma más terrible que las anteriores. El peligro era más inminente y la posición en el interior de Will-Tree iba á hacerse insostenible.

Nuevos rugidos estrepitosos estallaron al pie

mismo del abeto. Á causa de la disposición en que estaban colocadas las ventanas, formadas lateralmente, ni Godofredo ni Carefinotu podían distinguir á los asaltantes, y mucho ménos disparar sobre ellos con probabilidades de herirlos.

En aquel momento lo que atacaban aquellos animales era la puerta, y seguramente tendría que ceder al impulso de sus garras.

Godofredo y el negro saltaron al suelo. La puerta se desquiciaba ya y se sentía penetrar por las junturas de la corteza el aliento cálido de las fieras.

Los dos hombres trataron de afianzar más la puerta arrimando á ella los objetos de más peso, pero conocieron que todo aquello no era bastante.

Era evidente que, en muy corto espacio, todo aquello saltaría, porque las fieras apretaban con fuerza, y su rabia había aumentado desde que los tiros no les alcanzaban.

Godofredo se vió reducido á la impotencia, y comprendió que todas sus armas serian inútiles en el momento de la invasión de Will-Tree por aquellas feroces bestias.

El jóven se había cruzado de brazos, observando cómo la puerta iba desquiciándose poco á poco.... Nada se le ocurría hacer, y en un momento de desaliento se pasó la mano por la frente con ademán desesperado.... pero se repuso de repente, y exclamó con energía:

— ¡Arriba, arriba! ¡Los tres arriba!

Y señaló al estrecho tubo que conducía al ramaje del abeto.

Carefinotu y él se apoderaron, además de las escopetas, de los revólvers y de todos los cartuchos y cápsulas que pudieron llevar.

Se trataba en primér lugar de obligar á Tartelet á seguirlos á aquellas alturas, adonde jamás había querido subir.

Á Tartelet no le encontraron. El hombre les había tomado la delantera, mientras que ellos se entretenían en hacer fuego por las ventanas.

— ¡Subamos nosotros! — gritó Godofredo.

Aquello era el último recurso; allí parece que se encontrarían fuera del alcance de las fieras, y en todo caso, si un tigre ó una pantera intentaba subir hasta las ramas del abeto, sería fácil defender el agujero que daba salida al hueco del tronco.

Apénas habían llegado á una altura de treinta pies cuando los rugidos estallaron ya en el interior de Will-Tree. Si se detienen algunos segundos más ven saltar la puerta y son sorprendidos allí dentro.

Se apresuraron á terminar la ascension y por fin llegaron al agujero de salida.

Fueron recibidos con un grito de espanto: era Tartelet, que, al verlos desembocar, creyó que eran panteras ó tigres. El desgraciado profesor estaba aferrado á una rama, temiendo caerse á cada instante.

Carefinotu acudió á él, lo cruzó sobre un ramaje fuerte, y lo amarró sólidamente con su cinturón.

Después, mientras Godofredo se colocaba en un punto desde el que dominaba la salida del tubo, Carefinotu buscó otro sitio conveniente para poder cruzar sus fuegos.

Y allí permanecieron al acecho, con la esperanza de que en aquella posición tenían algunas probabilidades de salvarse.

Godofredo ansiaba ver lo que pasaba abajo, pero se lo impedía la profunda oscuridad de la noche. Procuró entonces escuchar, y los rugidos, cada vez más repetidos, que subían sin cesar, le indicaban bien claramente que los sitiadores no tenían intención de abandonar la plaza.

Á eso de las cuatro de la mañana se divisó un gran resplandor en la parte baja del árbol, que salía por las ventanas y la puerta, y por el tubo empezó á salir un humo acre y espeso que se perdía en las ramas más altas.

—¿Qué será eso?— gritó Godofredo.

Y era una cosa muy fácil de explicar. Las fieras, revolviéndolo todo en el interior de Will-Tree, habían desparamado los carbones del fogón, y el fuego se había comunicado repentinamente á los objetos más próximos. Las llamas habían prendido después al cortezon del árbol, cuya sequedad lo hacía muy combustible, y por consiguiente, el gigante abeto estaba ardiendo por su base.

La situación, pues, se había empeorado de un modo horrible.

En aquel momento en que el fuego alumbraba perfectamente todo el recinto donde estaba el grupo de grandes árboles, se podía ver muy bien á las fieras que se agitaban al pié de Will Tree.

De pronto se sintió una explosión espantosa. El árbol, violentamente sacudido, tembló desde sus raíces hasta sus más altas ramas.

Lo que había pasado era que el depósito de pólvora que guardaban en el interior de Will-Tree se había inflamado, y el aire ardiendo había buscado el tubo, saliendo por el agujero como sale el tiro por el cañón de un fusil.

Godofredo y Carefinotu estuvieron á punto de ser arrojados de los sitios en que se habían colocado, y consiguieron sostenerse, después de grandísimos esfuerzos. Si Tartalet no hubiera estado tan sólidamente amarrado, da en aquel momento el salto mortal.

Las fieras, espantadas con la explosión, y más ó ménos heridas, salieron todas huyendo.

Al mismo tiempo, el incendio, alimentado con aquella súbita combustión de pólvora, se aumentó de un modo alarmante. Se avivaba cada vez más, subiendo por fuera del enorme tronco, como si fuera atraído por el tiró de una chimenea. Las llamas más altas entre todas las que lamían las paredes interiores empezaron á propagarse á las ramas en medio de los estallidos que producía la madera muerta al quemarse; estallidos que se asemejaban á los tiros de un revólver. Un inmenso resplandor alumbraba, no sólo el grupo de árboles gigantescos, sino también todo el litoral desde Flag-Point hasta el cabo Sud de Dream-Bay.

Muy pronto llegó el incendio hasta las primeras ramas del abeto, amenazando llegar hasta el sitio donde se habían refugiado Godofredo y sus dos compañeros. ¿Serían, al fin, devorados por aquel horrible fuego que no podían combatir ni apagar, ó

se verían obligados á arrojar á tierra para huir de las llamas?

En ambos casos su muerte era segura.

Godofredo procuraba encontrar algún medio de salvación, pero eran vanos sus esfuerzos. Las ramas bajas estaban ya ardiendo, y un espeso humo debilitaba los primeros rayos de la aurora que empezaban á dibujarse hácia el Este.

En aquel momento se sintió un sacudimiento horrible. El abeto, quemado ya hasta en sus raíces, crujió violentamente, se inclinó y cayó.

Pero al doblarse el tronco, tropezó con los árboles más inmediatos, cuyas fuertes ramas se entrelazaron á las del caído, que quedó por este motivo formando con el suelo un ángulo de más de 45 grados.

En el momento de inclinarse para caer el árbol, Godofredo y sus compañeros se creyeron perdidos.

—¡Diez y nueve de Enero!— gritó entonces una voz que Godofredo reconoció lleno de asombro.

Era la voz de Carefinotu.... sí, de Carefinotu, que acababa de pronunciar aquellas palabras en inglés puro, á cuyo idioma parecía tan refractario.

—¿Qué es lo que has dicho?— exclamó Godofredo acercándose á él por entre las ramas.

—Digo—respondió Carefinotu—que hoy es el día señalado por vuestro tío para llegar á esta isla, y que si por casualidad no viene, ni la caridad nos salva.

X.

EN EL QUE SE TERMINA EXPLICANDO TODO LO QUE HASTA AHORA HABIA PARECIDO INEXPLICABLE.

En este momento, y ántes de que Godofredo hubiera podido contestar una palabra, sonó una descarga de tiros á poca distancia de Will Tree.

Al mismo tiempo una de esas lluvias de tormenta, que son verdaderas cataratas, vino oportunamente á ahogar el fuego, precisamente cuando las llamas empezaban á comunicarse á los árboles sobre los cuales se apoyaba Will Tree.

¿Qué debía pensar Godofredo de esta serie de inexplicables incidentes? ¿Cómo podía explicarse que Carefinotu hablase el inglés como un vecino de Londres, que lo llamase por su nombre y que le anunciase la próxima llegada de su tío Will, y sobre todo, aquellas detonaciones de armas de fuego que acababan de estallar de repente?

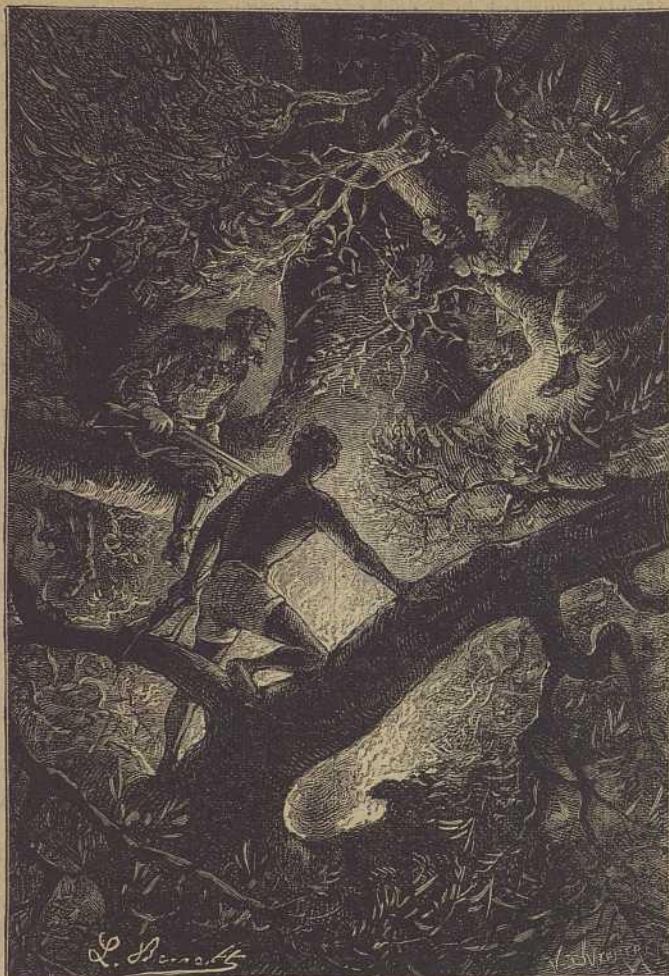
Se preguntaba si se habría vuelto loco, pero no tuvo tiempo para contestarse, porque en aquel mismo instante apareció una cuadrilla de marineros deslizándose bajo las ramas de los árboles.

Godofredo y Carefinotu se deslizaron entonces á su vez por lo largo del tronco, cuyas paredes interiores ardían aún.

En el mismo momento en que tocaban al suelo se oyó interpelar por dos voces que, á pesar de su turbación, no pudo dejar de reconocer.

—¡Sobrino Godofredo, tengo el honor de saludarte!

—¡Godofredo, querido Godofredo!



La situación se había empeorado de un modo horrible.

—¡Tío Will!.... ¡Fina!.... ¡Vosotros!—gritó Godofredo asombrado.

Tres segundos después estaba en los brazos del uno y apretaba á la otra entre los suyos.

Al mismo tiempo dos marineros, obedeciendo la orden del capitán Turcotte, que era el jefe de aquella expedición, treparon por el abeto para salvar á Tartelet, al que cargaron con todos los miramientos debidos á su persona.

Y entonces empezaron á cruzarse una á una todas las preguntas, respuestas y explicaciones que tenían que dar y recibir unos y otros.

—¿Vos, tío Will, vos?

—¡Sí, nosotros!

—¿Y cómo habeis podido descubrir la isla Fina?

—¡La isla Fina!—exclamó William W. Kolderup.—¡Querrás decir la isla Spencer! Pues mira, no

era difícil, puesto que hace seis meses que la compré.

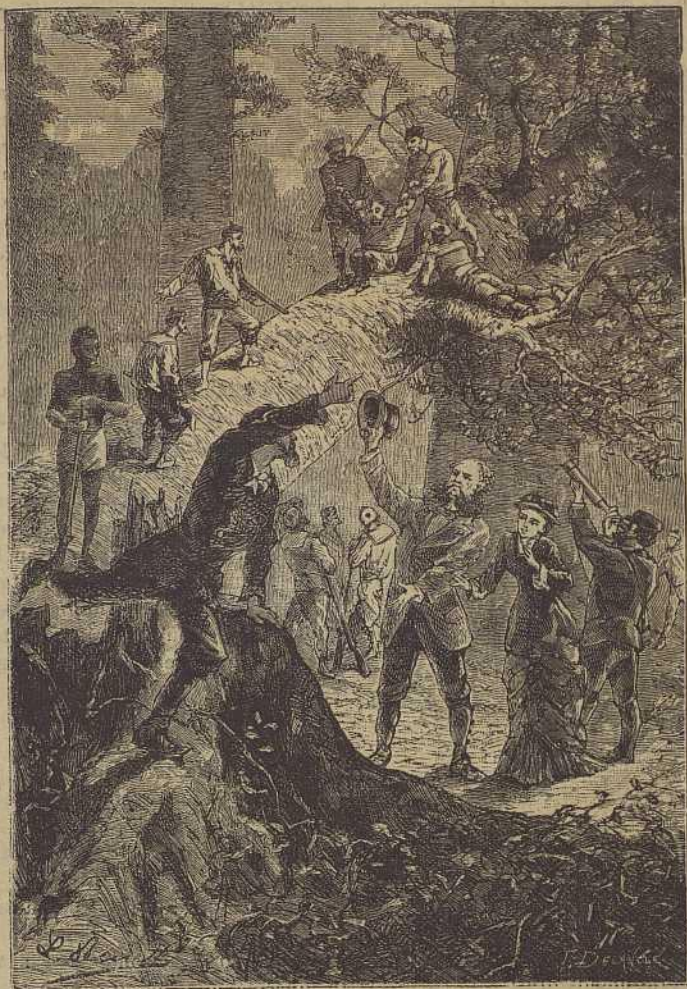
—¡La isla Spencer!....

—Á la que has dado mi nombre, querido Godofredo—dijo sonriéndose la jóven.

—Ese nuevo nombre me gusta, y lo conservaremos—dijo el tío;—pero hasta aquí, y para los geógrafos, es todavía la isla Spencer, que está á tres días de San Francisco, y á la que he creído útil enviarte para que hagas tu aprendizaje de Robinson.

—¡Ah! ¡tío mio, tío Will! ¿Qué es lo que decís?—exclamó Godofredo.—Si eso es cierto, yo no puedo aseguráros que no lo haya merecido.... Pero entonces, tío Will, ¿aquel naufragio del Dream....

—¡Falsificado!—contestó William W. Kolderup, al que no se había visto jamás de tan buen



¡ Godofredo, querido Godofredo !

humor.— El *Dream* se había llenado de agua tranquilamente, y según las órdenes que le dió Turcotte, abriendo los depósitos que al efecto se habían llenado antes. Tú creíste buenamente que se había ido á pique; pero cuando el capitán vió que Tartelet y tú habíais llegado á la costa, viró en redondo y salió á toda máquina, llegando tres días después á San Francisco. Él es el que nos ha conducido ahora después del plazo que habíamos convenido.

—¿ De modo que ninguna de las personas que venían á bordo pereció en el naufragio?— preguntó Godofredo.

— Ninguna.... á no ser aquel desventurado chino que se había escondido á bordo y que no ha parecido cuando el buque llegó al puerto.

—¿ Pero y aquella piragua?

—¡ Falsificada ! Era una piragua que yo había mandado construir para el caso.

SEGUNDA PARTE

—¿ Y aquellos salvajes?

— También falsificados, y por más cierto que escaparon de milagro cuando disparaste tu escopeta.

—¡ Bueno ! ¿ Pero y Carefinotu?

— Es un Carefinotu falso, ó más bien, no es más ni menos que mi fiel Jup Brass, que, según veo, ha desempeñado maravillosamente su papel.

—¡ Oh ! sí— exclamó Godofredo— me ha salvado dos veces la vida en dos encuentros, uno con un oso y otro con un tigre.

—¡ Falsificado el oso y falsificado el tigre!— gritó William W. Kolderup, riendo á más y mejor.— Eran pieles rellenas de paja y desembarcadas, sin que tú las vieras, con Jup Brass y sus compañeros.

—¡ Pero si movían las cabezas y las patas!

— Por medio de resortes á los que daba cuerda por las noches Jup Brass algunas horas antes de los encuentros que te preparaba.

— ¡Ya! ¿Conque todo ello..... — repetía Godofredo un poco avergonzado de haber sido víctima de semejantes supercherías.

— ¡Qué quieres! Todo iba demasiado bien en tu isla, sobrino mío, y era preciso prepararte emociones.

— Entonces — replicó Godofredo, que al fin tomó el partido de reirse de la broma — si queráis probarlos hasta tal punto, ¿por qué nos enviasteis un baul que contenía todos los objetos que necesitábamos?

— ¿Un baul? — exclamó William W. Kolderup. — ¿Qué baul ha sido ése?..... Yo no he enviado baul alguno..... ¿Sería quizás que por casualidad.....

Y al decir esto, el tío se volvió hacia Fina, que bajaba los ojos, volviendo á otro lado la cabeza.

— ¡Ah! ya caigo. — ¿Conque un baul?..... pero entonces es preciso que Fina haya tenido por cómplice.....

Y el tío Will se volvió á Turcotte, que prorumpió en una carcajada.

— ¡Qué queréis, señor Kolderup! — exclamó el capitán. — Yo podré algunas veces resistiros hasta á vos mismo, pero á la señorita Fina eso ya es más difícil; así es que hace cuatro meses cuando me enviasteis á vigilar la isla, traje ese baulillo que lo dejó al alcance de los naufragos.

— ¡Querida Fina!..... ¡mi querida Fina! — dijo Godofredo, tendiendo su mano á la jóven.

— ¡Ah! Turcotte, vos me habíais prometido guardarme el secreto — exclamó Fina sonrojándose.

El buen tío William W. Kolderup sacudió su cabeza procurando ocultar su emoción.

Pero si Godofredo no había podido ocultar una sonrisa de buen humor al oír las explicaciones que le daba su tío Will, el profesor Tartelet, en cambio, maldito lo que se reía. Por el contrario, todo cuanto le decían le mortificaba bastante. ¡Haber sido objeto de semejante mistificación, él, todo un profesor de baile y de buena educación!..... Así es que, avanzando con mucha dignidad, dijo:

— El caballero William W. Kolderup no sostendrá, yo estoy seguro de ello, que el cocodrilo, del que estuve á punto de ser víctima desgraciada, era también de cartón y de resortes.

— ¡Un cocodrilo! — exclamó Kolderup.

— Sí, señor Kolderup — respondió entonces Carefinot, al cual conviene restituir su verdadero nombre de Jup Brass; — sí, un verdadero cocodrilo, que se lanzó sobre el señor Tartelet; y sin embargo, yo no había traído ese animalito en mi colección.

Godofredo contó entonces lo que había pasado en los últimos tiempos; la aparición súbita de fieras en gran número; de verdaderos leones, verdaderos tigres y verdaderas panteras; después la invasión de serpientes verdaderas, de las que en los primeros cuatro meses no había apercibido ni una sola muestra en toda la isla.

William W. Kolderup, desconcertado á su vez, no podía comprender nada de esto. Era sabido que la isla Spencer no albergaba fieras de ninguna clase, ni animal dañino alguno. Así constaba además en la escritura de venta.

Tampoco lo que le contó Godofredo de sus tenta-

tivas para averiguar la procedencia de un humo que había divisado distintas veces en varios puntos de la isla pudo explicárselo Kolderup. Así es que se manifestó contrariado y mortificado ante revelaciones que le hacían pensar que no había pasado todo según las instrucciones que había dado y según el programa que él solo tenía el derecho á hacer.

Con Tartelet no había que contar para ninguna clase de explicaciones sobre aquel asunto. Él no quería admitir falso naufragio, ni falsos salvajes, ni fieras falsificadas, y sobre todo, no estaba dispuesto á renunciar á la gloria que había adquirido revolcando de un tiro á uno de los jefes de una tribu polinesiana, ni admitía; por lo tanto, que ese salvaje vencido por él fuese uno de los criados del hotel Kolderup, que en la actualidad estaba sano y salvo.

Todo estaba dicho, todo estaba explicado, menos la grave cuestión de las verdaderas fieras y del humo desconocido. Estas dos cosas preocupaban fuertemente al tío Will; pero, como hombre práctico, aplazó para más adelante la solución de aquellos problemas, y dirigiéndose á su sobrino, le dijo:

— Puesto que tanto te gustan las islas, creo hacererte un buen obsequio cediéndote ésta. Te la regalo. Puedes hacer en ella lo que quieras; ni yo ni ninguna otra persona podrán echarte de ella. Así es que si te agrada el oficio de Robinson, aquí puedes desempeñarlo toda tu vida.

— ¡Yo! — exclamó Godofredo. — ¡Yo! ¡Toda la vida!.....

Fina se adelantó entonces y le preguntó:

— ¿Quieres, en efecto, permanecer en tu isla toda tu vida?

— Primero morir — gritó Godofredo en un raptó de sorpresa.

Pero reponiéndose en seguida, añadió:

— Aunque, mirándolo bien, sí; deseo permanecer aquí, mas con tres condiciones: la primera es que tú, querida mía, has de quedarte conmigo; la segunda es que el tío Will se ha de comprometer á vivir con nosotros, y la tercera consiste en que se ha de avisar en seguida al capellán del *Dream* para que nos case hoy mismo.

— ¡Si no hay capellán á bordo del *Dream*, Godofredo! Ya debes saberlo; pero se me figura que en San Francisco no deben faltar, y que, á poco que busquemos, hemos de encontrar un buen pastor que quiera hacernos ese servicio..... Me parece traducir fielmente tus deseos disponiendo que mañana temprano vuelva á partir el *Dream* llevándonos á todos juntos.

Dicho esto, Fina y el tío Will quisieron que Godofredo les hiciera los honores como señor de la isla, y lo acompañaron á examinar todos los alrededores hasta llegar al pequeño puente.

¡Ah! De la morada de Wille-Tree no quedaba ni una muestra. El incendio había devorado todo el mobiliario y toda la base del árbol. Sin la llegada de William W. Kolderup, con los rigores del invierno, con todo su menaje y sus útiles destruidos y con verdaderos animales feroces recorriendo toda la isla, nuestros Robinsones iban á divertirse.

—Tío Will—dijo Godofredo—ya os he enterado de que á la isla le habia puesto el nombre de Fina; os participo tambien que el árbol en el que nos albergábamos se llamaba Will-Tree.

—Pues bien—respondió el tío—nos llevaremos la semilla necesaria para sembrar otro igual en mi jardín de Frisco.

Durante el paseo se divisaron á lo lejos algunas fieras, que sin duda no se atrevieron á atacar á los numerosos y bien armados tripulantes del *Dream*. Aquellas apariciones constituian para todos un hecho absolutamente incomprensible.

Despues se pasó á bordo; Tartelet pidió permiso para llevar consigo su cocodrilo, como pieza de conviccion, y el permiso le fué otorgado.

Al anoecer se verificó en la cámara del *Dream* un banquete para celebrar el término de las desgraciadas pruebas de Godofredo Morgan y para fijar sus esponsales con Fina Hollaney.

Á la mañana del siguiente día, 20 de Enero, el *Dream* aparejaba muy temprano bajo el mando del capitan Turcote, y á las ocho, Godofredo, bastante conmovido, veia en el horizonte, hácia el Oeste, disiparse como una sombra aquella isla sobre la cual acababa de pasar seis meses de lecciones muy duras, que jamas podria olvidar.

La travesía se hizo con una mar magnífica y con un viento favorable que permitia largar todas las velas del buque. ¡Ah! Entónces iba derecho al punto á que debia ir, sin tratar de engañar á nadie, y de atrasar de noche lo que adelantaba durante el día.

Así es que al tercer día, 23 de Enero, á mediodía, despues de haber entrado por la puerta de Oro en la extensa bahía de San Francisco, ancló tranquilamente en el muelle de Merchant Street.

Allí les esperaba una sorpresa.

En el momento de anclar el vapor se vió subir del fondo de la bodega á un hombre que, despues de haber alcanzado á nado el *Dream*, durante la noche de su permanencia en la isla Fina habia logrado esconderse sin que ninguno lo viera.

Pero ¿quién era este hombre?

Era el chino Seng-Vou, que acababa de hacer el viaje de vuelta como habia hecho el de ida.

Seng-Vou se adelantó hácia William W. Kolderup y le dijo con mucha cortesía:

—Suplico al caballero Kolderup que me dispense. Cuando tomé pasaje á bordo del *Dream*, creí que el buque iba directamente á Shangai, donde yo deseaba tambien ir; pero en el momento en que veo que vuelve á San Francisco, desembarco, y en paz.

Todos se quedaron estupefactos ante semejante aparicion, no sabiendo qué responder al intruso, que los miraba sonriéndose.

—Pero—dijo por último William W. Kolderup—¿tú no harás estado; segun yo pienso, en el fondo de la bodega durante seis meses?

—¡Oh, no!—contestó Seng-Vou.

—¿Pues dónde has estado entónces?

—En la isla.

—¿Tú?—gritó Godofredo.

—¡Yo, sí, señor!

—Entónces aquel humo....

—Habia algunas veces indispensable necesidad de encender fuego.

—¿Y por qué no procurabas aproximarte á nosotros y participar de la vida comun?

—Un chino prefiere vivir solo—respondió tranquilamente Seng-Vou.—Se basta á sí mismo y no tiene necesidad de asociarse á nadie.

Y al acabar de decir esto, aquel original chino saludó muy políticamente, desembarcó y desapareció.

—Ahí tienes la madera de que se hacen los verdaderos Robinsones—exclamó el tío Will.—Mira bien á ése, compáralo contigo y dime si te pareces en algo.... La raza anglo-sajona hará mal en querer absorber á gentes fabricadas con esta pasta especial.

—¡Bueno!—dijo Godofredo;—ahora ya está explicado lo de las humaredas por la presencia de Seng-Vou; pero ¿y las fieras?

—¿Y mi cocodrilo?—añadió Tartelet.—Desearia que me explicasen lo de mi cocodrilo.

William W. Kolderup, sintiéndose á su vez y por su parte mistificado en este punto, pasó una mano sobre su frente, así como para apartar una nube que le impedia ver claro.

—Ya averiguarémos todo eso más tarde—dijo al fin.—Todo acaba por descubrirse, si el que investiga sabe buscar bien....

Algunos días despues se celebró con gran pompa el matrimonio del sobrino y de la pupila de William W. Kolderup. Ya calcularán nuestros lectores lo festejados y celebrados que serian los dos esposos.

En la ceremonia, Tartelet estuvo en posicion verdaderamente correcta, y puede decirse que su discípulo hizo honor á tan célebre maestro de baile y de buenas maneras.

Tartelet tuvo en aquella ocasion una idea. No pudiendo montar su cocodrilo en un alfiler de pecho, como hubiera deseado, resolvió sencillamente hacerlo disecar y rellenar. De esta manera, el animal, bien preparado, con las mandíbulas entreabiertas y las patas extendidas, y colgado á la entrada de su cámara seria un magnífico adorno.

Para el efecto se envió el cocodrilo á un célebre disecador, que lo arregló en pocos días; y Tartelet lo mandó colocar de modo que todos los asistentes pudiesen admirar al monstruo que estuvo á punto de devorarlo.

Al presentar su cuenta, el disecador le preguntó á Kolderup:

—¿Sabeis, señor, de dónde procedia este animal?

—No—respondió el tío Will.

—Pues él tenía una etiqueta adherida á su caparazon.

—¡Una etiqueta!—exclamó Godofredo.

—¡Vedla aquí!—dijo el célebre-disecador.

Y enseñó un pedazo de cuero, sobre el cual estaban escritas con tinta indeleble las siguientes palabras:

*Envío de Hagenbeck, de Hambourg, á J. R. Tas-
kinar, de Stockton.*

V. S. A.

Cuando William W. Kolderup leyó esta nota, prorumpió en una sonora carcajada.

Todo lo habia comprendido.

Habia sido su adversario, J. R. Taskinar, su competidor vencido; el que, por vengarse, habia comprado un cargamento de fieras, reptiles y toda clase de animales dañinos, á un abastecedor muy conocido de las casas de fieras de ambos mundos, y los habia bonitamente desembarcado en la isla Fina en varios viajes hechos con ese objeto. Esto debia haberle costado muy caro indudablemente, pero habia conseguido infestar la propiedad de su rival; lo que, segun la leyenda, hicieron tambien los ingleses en la Martinica ántes de entregarla á los franceses.

Ya no habia nada inexplicable ni oculto en los hechos memorables de la isla Fina.

— ¡Bien trabajado! — exclamó William W. Kolderup. — Es seguro que á mi no se me hubiera ocurrido lo que se le ocurrió á ese belitre de Taskinar.

— Pero con esos terribles huéspedes — dijo Fina — ahora ya la isla Spencer....

— La isla Fina — le interrumpió Godofredo.

— La isla Fina — replicó sonriéndose la joven — es absolutamente inhabitable.

— ¡Bahl! — exclamó el tio Will; — esperarémos para habitarla á que el último leon haya devorado al último tigre.

— ¿Y entónces, querida Fina — preguntó Godofredo — tendrás miedo de pasar allí conmigo una temporada?

— Contigo, querido esposo mio, nada temo en ninguna parte — contestó Fina; — y puesto que, en último resultado, no has hecho el viaje al rededor del mundo, conforme deseabas....

— Lo harémos juntos, ¿no es eso? — exclamó Godofredo; — y si alguna mala aventura vuelve á hacer de mí un Robinson....

— Tendrás para consuelo junto á tí á la más apasionada de las Robinsonas.

FIN.

ÍNDICE

	Páginas.
I.—En el que Godofredo vuelve á ver elevarse una ligera nube de humo en otro punto de la isla.	5
II.—De cómo una cosa perdida, que Godofredo se encuentra, es muy bien recibida por él y por su compañero.	10
III.—En el que acontece lo que acontecer suele lo ménos una vez en la vida de todo Robinson verdadero ó imaginario.	14
IV.—En el cual se presenta un incidente que no debe sorprender á los lectores.	18
V.—De cómo la escopeta del profesor Tartelet llegó á hacer un verdadero milagro.	22

	Páginas.
VI.—En donde se trata de la educacion moral y fisica de un sencillo indígena del Pacifico.	27
VII.—De cómo la situacion, comprometida ya gravemente, se complica más y más.	31
VIII.—En el que Tartelet repite en todos los tonos que á todo trance quiere marcharse de la isla.	35
IX.—Que termina con una reflexion sorprendente del negro Carefinotu.	42
X.—En el que se termina explicando todo lo que hasta ahora habia parecido inexplicable.	47